SUMARIO

ESTUDIOS

- **Iconos bíblicos de la maternidad. De una lectura esencialista a una recuperación liberadora.**
  Elisa ESTÉVEZ 803
- **Vivir en plural. Vocación a la maternidad.**
  María Dolores LÓPEZ GUZMÁN 817
- **Vivir la maternidad en plenitud.**
  Virginia CAGIGAL DE GREGORIO 827
- **Ser madre en la Iglesia: ¿misión imposible? Retos de la maternidad a la pastoral.**
  Grupo «MARÍA» 841

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **La libertad cultural en el mundo diverso de hoy. Informe sobre el Desarrollo Humano – 2004.**
  Patxi ÁLVAREZ 853

EL VATICANO II

- **9. Ecumenismo y diálogo interreligioso. A los cuarenta años del Vaticano II.**
  María José ARANA, RSCJ 859

LOS LIBROS

- **Recensiones** 873

PRESENTACIÓN

VISITADAS POR LA FECUNDIDAD

Vivimos tiempos en que con notable frecuencia muchas personas e instituciones ofrecen múltiples iniciativas nuevas. ¿Quién no ha recibido nunca en el buzón de su casa o en su buzón electrónico la invitación a asistir a una conferencia o mesa redonda sobre un tema de relevante actualidad? ¿Quién no ha leído nunca uno de los numerosos anuncios que se publican o se envían a particulares, que ofrecen lo último en ordenadores, viajes, descanso, tiempo libre, etc.?

No todas las ofertas o iniciativas que nos llegan despiertan curiosidad, interés e ilusión en nosotros. No es ése el caso, sin embargo, de la que está en el origen de este número de *Sal Terrae.* Hace unos meses, Alfredo Verdoy SJ, a la sazón Provincial de la jesuitica provincia de Toledo, invitó a 14 madres de familia cristianas y de orientación ignaciana a constituir un grupo (*María*) y a comenzar un camino de reflexión sobre el sentido, el valor, el presente y el futuro de las madres cristianas.

La iniciativa, muy bien acogida en sus comienzos, ha producido ya numerosos frutos. Uno de ellos, no el único, es la preparación del número que el lector tiene en sus manos y la elaboración de la casi totalidad del mismo, ya que 3 de sus colaboraciones (artículos 2, 3 y 4) han sido escritas por miembros del citado grupo.

«Visitadas por la fecundidad» se abre con referencias bíblicas a modelos o estilos de vivir la maternidad. *Elisa Estévez* presenta en primer lugar la relación de Sara y Agar con el Dios trascendente. Posteriormente, a Rut y Noemí, capaces de reconocerse y potenciarse, en vez de anularse y ensombrecerse. Por último a dos iconos del Nuevo Testamento, la sirofenicia y María, caracterizadas respectivamente por su misericordia universal y por su capacidad para afrontar el sentido de la existencia.

En su artículo «Vivir en plural», *Dolores López* explora el lugar especial que la mujer-madre ocupa en el hogar. Entre otros aspectos, indica cómo el amor centrado en el cónyuge y los hijos puede ser un medio de co-

nocimiento de Dios, amor centrado y descentrado. Igualmente, ofrece claves de comprensión del sentido evangélico de pobreza, ésa que está basada en el hecho de que nadie se puede dar la vida a sí mismo.

Virginia Cagigal analiza en clave psicológica la realidad de la maternidad. En particular, la decisión de ser madre, ejercicio maravilloso de libertad y responsabilidad, decisión que mira al pasado, al presente y al futuro. Al mismo tiempo, propone diversas «etapas» del apasionante camino de ser madre, un camino lleno de actitudes humanas y vitales determinantes para el ser humano.

Una contribución colectiva de las 14 madres cristianas que forman el grupo *María* cierra este monográfico de *Sal Terrae.* Se articula en torno a dos ejes: ¿quiénes son las madres en la iglesia? / ¿qué pasos concretos conviene dar para contribuir a una mejor transmisión de la fe a los hijos y para fomentar el diálogo y el encuentro entre los miembros de la Iglesia? Ambos ponen muy de relieve que ser madres «con los pies en el evangelio» es uno de los regalos que hemos recibido de Dios.

ACLARACIÓN

Por un lamentable error, del que es responsable el corrector de estilo de la Editorial, en el artículo del teólogo Pablo Richard, «Qué se mueve hoy en la Teología de la Liberación», publicado en nuestro número del pasado mes de septiembre, en la página 656, línea 8, donde se dice: «La reforma no es posible sin romper la comunión de la Iglesia...», debería decir: «La reforma es posible sin romper la comunión de la Iglesia...».

Pedimos disculpas tanto a nuestros lectores como al autor del artículo, el cual –así como el colectivo al que representa– insiste en que «no queremos por ningún motivo romper la unidad de la Iglesia».

SAL TERRAE

ST 92 (2004) 803-815

ESTUDIOS

Iconos bíblicos de maternidad. De una lectura esencialista a una recuperación liberadora

Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ*

Los relatos tienen una función esencial en la vida de los pueblos y las colectividades. Las historias narradas y contadas una y otra vez ostentan un poder inmenso: sostener, reforzar y, en su caso, discutir las claves, códigos, comportamientos y símbolos a partir de los cuales un grupo comprende la existencia y explora caminos de construcción de una verdadera humanidad. En ningún caso la afirmación de la identidad personal, el sentido de pertenencia, las interacciones y los procesos de conocimiento están al margen de los sistemas de significaciones vigentes en el grupo cultural en el que se vive, ya sea para acomodarse a ellos, ya para contestarlos constituyéndose en un colectivo que pretende plantear una alternativa social.

Las narraciones bíblicas son portadoras, en este sentido, de valores y creencias que han alimentado la reflexión y han modelado las formas de sentir y los comportamientos de hombres y mujeres a lo largo de los siglos. Preguntarse por las representaciones de la maternidad presentes en ellas es una manera, por consiguiente, de adentrarse en el conocimiento de las fronteras sociales y evaluar los modelos normativos que durante siglos han sido asumidos acríticamente, reforzando las funciones y roles *esenciales* adjudicados *por naturaleza* a varones y mujeres. Pero no sólo la (re)visión y evaluación de los implícitos culturales presentes en los pasajes bíblicos se presenta como una tarea ineludible en la interpretación de los mismos y como una estrategia necesaria para liberarse de lecturas fundamentalistas atadas a la literalidad de sus for-

* Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

mulaciones. El desafío siempre presente es el de vivir la fe de siempre en las condiciones del mundo de hoy. De ahí que la relectura de la Escritura se haya de dar en sintonía con los avances, tanteos y dificultades de cada momento histórico. Palabra y vida entran así en un círculo hermenéutico en el que la Palabra ilumina la existencia, y ésta, a su vez, enriquece la inteligencia de la Escritura.

Si durante siglos la construcción de la identidad femenina se asoció de manera indisoluble a su función reproductora y, consiguientemente, quedó vinculada *naturalmente* a los espacios privados, donde la mujer se visibilizaba *exclusivamente* como hija virgen, esposa fiel y madre abnegada y tierna, en la actualidad ese marco de comprensión ha sido puesto radicalmente en cuestión. Desde hace ya muchos decenios, las mujeres en los contextos europeos han crecido en la conciencia de su propia autonomía y emancipación, como sujetos activos en la vida laboral y social y, en general, en la construcción de la ciudadanía. Son muchas, aunque esta afirmación no sea extensible al universo entero, las que eligen la maternidad no por necesidad, sino como una decisión libre y responsable. La sacralización de la maternidad como la forma por excelencia de realización personal de las mujeres va dejando paso a otra concepción de la identidad femenina liberada de su «eterno natural» y del determinismo biológico. Las mujeres, madres o no, se entienden, se expresan y se conducen a partir de un universo propio, no excluyente, pero sí conceptualizado y vivido desde una *habitación propia.* La ruptura del universal masculino como prototipo de humanidad se ha resquebrajado, desafiando discursos y prácticas asumidas durante siglos.

En concreto, repensar la maternidad fue una de las tareas que el feminismo teórico-práctico, en sus distintas corrientes, abordó desde sus inicios, cuestionando los estereotipos de género asociados a la función generativa y replanteándose, por ejemplo, la relación privilegiada de la madre con los hijos varones como su bien más precioso. Las luchas por la emancipación han contribuido a desentrañar las relaciones de subordinación y opresión que durante siglos estaban inscritas en las existencias femeninas. Han abierto veredas conducentes a una nueva configuración del orden simbólico al margen del poder y la autoridad masculina, así como a la conquista de espacios de igualdad jurídica, política, laboral, etc.

Pero, además, en la mesa de los debates ciudadanos se levantan otras cuestiones candentes que ponen de manifiesto la diversidad de concepciones existentes sobre la construcción de los sujetos persona-

les: concepto de salud sexual y reproductiva; demandas, por parte de las parejas homosexuales, de constituir una familia; redefinición de las políticas de igualdad, de la organización del trabajo y del tiempo; conciliación de la vida personal y la vida laboral como una cuestión que implica a todos los agentes sociales...

Estos y otros muchos factores inciden en que los marcos de comprensión de la vida familiar y de los roles materno/paternos hayan variado considerablemente con respecto a las sociedades pre-industriales y pro-natalistas que están detrás de los textos escriturísticos. Parece evidente que las diversas experiencias actuales, nombradas, celebradas, discutidas, y pendientes en muchos casos de consensos, constituyen un pre-texto diferente para rastrear los iconos bíblicos de la maternidad y desafían a un nuevo diálogo con los textos bíblicos que permita rastrear las huellas muchas veces inciertas que han quedado en ellos, las señales parpadeantes y los indicios oscilantes de una manera de ser madre que siga fortaleciendo las sendas de emancipación de las mujeres y sus conquistas de libertad[1].

1. Madres y vigías de la Promesa

La comunidad de los que regresaron del destierro de Babilonia y que habían de erigirse en artífices de la restauración del Israel post-exílico buscaron enraizarse en la experiencia espiritual de sus antepasados. Eligieron a Sara y Abraham, de quienes se sentían descendientes y partícipes de su fecundidad: *«Mirad la roca de donde fuisteis sacados, la cavidad del pozo de donde fuisteis excavados; mirad a Abraham, vuestro padre; a Sara que os dio a luz»* (Is 51,1-2)[2]. De una manera mucho más clara que otros pasajes del Génesis, el texto de Isaías proclama que ambos son portadores de una promesa que sigue alimentando las esperanzas del pueblo. Sus identidades quedan vinculadas al proyecto de vida de una colectividad. La generatividad que se ofrece como modelo para otras mujeres y hombres tiene un alcance mayor que el meramente físico.

En la misma dirección se sitúa Gn 17,5.15, donde los dos antepasados de Israel, Abraham y Sara, reciben un nombre nuevo, es decir,

1. Cf. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Pero ella dijo...,* Madrid 1996, 197.
2. Cf. D. ALEIXANDRE, «Sara, Raquel y Miriam: tres mujeres en la tradición profética y en el *midrás*»: *Miscelánea Comillas* 54 (1996) 318-319; L. ALONSO SCHÖKEL – J.L. SICRE, *Profetas,* I, Madrid, 1987^2, 266-275.321-323.

son invitados a participar de un proyecto que sienten como propio. Se les invita a trascenderse a sí mismos, a orientarse hacia un destino que han de cumplir en relación con todos los creyentes, más allá del grupo étnico al que pertenezcan. A la luz de esta tradición sacerdotal, y centrando ya la mirada en Sara, su maternidad no la circunscribiría exclusivamente al ámbito doméstico, sino que su ser personal se comprende como un proyecto de futuro, una *propuesta abierta a un horizonte último de sentido*[3], la que le ofrece el Dios cuya promesa se presenta incluso con una perspectiva más universal que en otros pasajes veterotestamentarios. Y ahí radica la esencia de la existencia de todo ser humano, también el de una mujer que ha elegido ser madre.

No obstante, la relectura crítica de la historia de Sara y su recepción en las comunidades creyentes permanece aún como una tarea inacabada. El hecho de que la historia de una de las grandes matriarcas de Israel se haya transmitido en una tradición textual marcadamente androcéntrica y patriarcal (Gn 16; 18; 21) dificulta su recuperación como paradigma para las mujeres actuales. Sin embargo, es un instrumento muy válido para desmontar el mantenimiento del poder sexual, sociopolítico e ideológico del mundo masculino sobre las mujeres y para descubrir atisbos de resistencia en los espacios femeninos[4].

La dominación patriarcal se deja sentir de forma sangrante en la descripción de la relación entre Sara y Agar, dos mujeres que luchan por la descendencia de un varón, el único modo de hacerse con un lugar en la estructura familiar y social. Las palabras de Sara a su marido Abraham son suficientemente elocuentes en este sentido: *«Llégate a mi esclava Agar para que yo sea construida* (*tenga un hijo*) *por medio de ella»* (Gn 16,2). El sistema instaurado por el patriarcado ha sancionado que una mujer no es *nada* si no da a luz un hijo varón, una realidad que no está tan lejos de la experiencia de muchas mujeres en el mundo actual. La transmisión e interpretación de la historia de Sara ha desplazado a una contienda entre personalidades femeninas inestables e histéricas el conflicto originado por la estructura jerárquica y de dominación creada por los hombres. Se cataloga así a una, Sara, como envidiosa y maltratadota, y a la otra, Agar, como desagradecida y or-

3. V. FRANKL, *El hombre doliente,* Barcelona 1987, 11.
4. Véanse algunos estudios al respecto: A. BRENNER, «Female Social Behaviour: Two Descriptive Patterns within the "Birth of the Hero" Paradigm»", en (A. Brenner [ed.]) *A Feminist Companion to Genesis,* Sheffield 1997, 204-221; S.J. TEUBAL, «Sarah and Agar: Matriachs and Visionaries», en *ibid.,* 235-250.

gullosa. Una perversión del sistema textual dominante que, si no es identificada como tal, sí desvía y desfigura al menos el mensaje socio-religioso. En lugar de descubrir a un Dios cuya Promesa se vislumbra entre luces y sombras en el entramado de las estructuras patriarcales que dificultan su Palabra liberadora y creadora, su voz resuena en la vida de dos mujeres *imperfectas* que traslucen la bondad misericordiosa y fiel del Dios de Israel.

La re(visión) de las historias de Gn 16-21 deja al descubierto que las mujeres son vistas, no *desde* y *por* ellas mismas, sino que, en realidad, son *construcciones masculinas.* Es decir, sus palabras, reacciones y sentimientos reflejan más acerca de los sueños, aspiraciones, miedos y prejuicios de sus creadores masculinos que acerca de las auténticas experiencias y realidades de las mujeres. Su vivencia de la corporalidad y, más en concreto, de su sexualidad se describe desde el deseo y el miedo –no siempre confesado– que provoca en los varones y, consiguientemente, desde la necesidad que éstos sienten de controlar tales aspectos de la existencia.

Una relectura crítica exige resituar la figura de ambas madres, Sara y Agar, en una esfera significativa en los contextos culturales actuales. Una de las claves adecuadas es descubrir a ambas mujeres en relación con el Dios trascendente. En diferentes momentos, ambas parecen estar *en sintonía profunda con los designios del Dios liberador.* Agar, una mujer con una fuerte conciencia de la llamada de todo ser humano a la libertad, tiene dos encuentros significativos con Yahveh. En el primero (Gn 16,7-16), Agar recupera la palabra frente al Dios que la considera una interlocutora privilegiada. La experiencia de encuentro en el desierto la capacita para nombrar a Dios en relación a su propia historia. Dios es «El-Roí», es decir, el que la ha mirado con ojos claros y limpios, reconociéndola en sus deseos de liberación. Dejándose encontrar, Agar se desvela como una persona que desea llegar a vivirse en plenitud, porque *sin éxtasis no hay verdadera humanidad.* Al entablar el diálogo con Dios, Agar se descubre como alguien capaz de preguntarse, de abrirse desde la vulnerabilidad a las posibilidades que se le ofrecen al mirarse y decirse junto a Otro.

Pero, aún más, las tradiciones sobre esta esclava que se veía a sí misma como una mujer autónoma recogen un segundo encuentro con la divinidad en el que Agar se encuentra con su «su auténtico ser» (Gn 21,14-19). En ese momento, crucial en la vida de esta madre egipcia, ella elige definitivamente entre «sus varios seres posibles» y asume su papel protagonista en la construcción de una colectividad, los ismaeli-

tas, si bien los sesgos de género de la tradición textual recibida se hacen visibles en la importancia que adquiere el hijo varón, Ismael. No obstante, las acciones de Agar entroncan la historia de su hijo y de ambos pueblos en los deseos y la búsqueda de la libertad a pesar de todas las dificultades. Además, para Israel será el recuerdo permanente de su llamada a la hermandad universal. Una herencia ligada a una figura femenina para siempre.

Por su parte, Sara se presenta como *vigía* atenta para que la Promesa se cumpla. El anuncio del nacimiento de Isaac provoca en ella la risa (Gn 18,12-15); pero una lectura superficial de este pasaje no es capaz de descubrir las interconexiones con el capítulo 21 (vv. 6.9-13), indispensables para una adecuada interpretación de los datos. La risa de esta matriarca de Israel no es incredulidad ni, mucho menos, falta de respeto, sino expresión de la limitación de todo saber humano. El nacimiento de Isaac, «el hijo de la risa», y la proclamación de Sara, *«Dios me ha hecho reír»* (Gn 21,6), confirman la sabiduría de Dios, una sabiduría que trasciende el conocimiento humano. Dios ha hecho reír a Sara, si cabe, más profundamente. Su cuerpo conocido y sabido no es la última palabra. Dios ha irrumpido en el ritmo natural de la vida y ha pronunciado una palabra creadora, generadora de nuevas sendas de futuro. Por último, el papel de Sara en la historia de Israel viene dado no sólo por el nacimiento de Isaac, sino de modo singular por su capacidad para descubrir y mostrar cuáles son los caminos de la Promesa. Dentro de la visión particularista de la elección de Israel como pueblo de Dios –innegable en estas tradiciones–, Sara sabe, y el texto pone en boca de Dios, palabras de confirmación que la Alianza pasará a través de Isaac y no de Ismael. La tarea que Sara asume en esta nueva situación familiar es clarificar la identidad y el destino de Isaac e Ismael, algo de lo que Abraham no es capaz en ese momento.

2. Identidades recreadas en las alianzas de mujeres

La historia de Rut y Noemí nos permite adentrarnos en el entramado de relaciones de dos mujeres que hacen de la *entrañabilidad* que las une su fuerza para afrontar su presente y diseñar hábilmente estrategias de futuro. Sus deseos personales de existencia y de intervención en el mundo se consolidan y crecen en la *relación diálogica* que establecen entre ellas. En sus gestos, palabras y acciones se visibiliza una energía transformadora que hace de ellas las auténticas protagonistas de la his-

toria, a pesar de la retícula androcéntrica en que quedaron incluidas las tradiciones que sobre ellas se transmitieron en círculos femeninos[5].

Una y otra se reconocen con *autoridad,* es decir, como mediadoras con lo real. Lejos del estereotipo femenino, tan presente en los relatos bíblicos, de mujeres que rivalizan entre sí, este relato nos presenta a dos mujeres capaces de llegar a acuerdos que potencian sus identidades y las sitúan como referentes, no sólo para otras mujeres y hombres, sino para toda una colectividad que se mira en ellas para rehacerse después de un período de crisis, el exilio en Babilonia, y reconocerse en una nueva identidad fiel a sus tradiciones, pero abierta al mestizaje.

Rut y Noemí *nunca* llegan a ser *idénticas.* Su libertad y sus diferencias son perceptibles a lo largo de toda la narración. Sus existencias están estrechamente entrelazadas, pero dando muestras de una autonomía relacional que las permite ser ellas mismas en un universo compartido. En la nueva familia que han construido, cada una desempeña una función: Noemí está más centrada en el ámbito privado, mientras que Rut alterna entre los espacios privados y públicos, entre la casa y el campo.

La moabita se adueña de espacios y tiempos reservados a varones (la escena en la era durante la noche en el capítulo tercero), una transgresión que une a ambas mujeres, porque saben lo que quieren. Rut es el paradigma de la mujer que demuestra su propia capacidad para luchar, con audacia y valentía, por la subsistencia, incluso en un medio que desconoce y sin más soportes que ella misma y el apoyo de su suegra. Ambas son mujeres independientes que no tienen que responder ante ningún padre, marido o hermano del honor familiar[6], lo que en ningún caso impide que se afirmen como mujeres y madres virtuosas, excelentes (Rut 3,11).

Por su parte, la más anciana, Noemí, aconseja con prudencia a la más joven, aprueba y confirma sus planes (Rut 2,2). Representa el papel, insustituible en toda comunidad y en toda familia de la tradición, de la herencia recibida que se transmite y cuida, pero que no sofoca la «savia nueva» que brota. Haciendo las veces de madre, Noemí, simbo-

5. Cf. E. ESTÉVEZ, «Función socio-histórica y teológica del libro de Rut»: *Miscelánea Comillas* 59 (2001) 685-707; ID., «Un alegato a favor del mestizaje: el libro de Rut»: *Reseña Bíblica* 40 (2003) 23-31.
6. En el cap. 2, v. 6, el capataz no responde a la pregunta de Boaz: ¿de quién es ese muchacha?, sino que responde diciendo quién es ella: «es una muchacha moabita, que ha venido con Noemí de la campiña de Moab». Mujer, de Moab y en compañía de otra mujer, Noemí.

liza además relación con la matriz de la vida capaz de otorgar sentido y orientación existencial por encima del orden simbólico patriarcal[7].

Si Noemí se muestra sagaz, perspicaz y astuta ideando el plan para que su nuera se case de nuevo (Rut 3,1-5) y así asegurar un futuro estable para ambas, Rut es una mujer *capaz de pensar y actuar por sí misma,* yendo más allá de lo que su suegra le había aconsejado y decidiendo lo que cree conveniente, una vez evaluada la situación (Rut 3,9).

Por último, ambas mujeres dan muestras elocuentes de generar un universo de reconocimiento mutuo, de ser capaces de abrirse a la diferencia y a la alteridad. Nada más empezar el relato, la más anciana, Noemí, *ha salido al encuentro* de Rut y Orfá, sus nueras, *en actitud de súplica, de insistencia* (Rut 1,16-17)[8]. Instándolas a regresar a Moab, muestra su preocupación por ellas, y sus palabras son la expresión de una madre cuya dimensión racional y emocional se ha puesto al servicio del bien de las dos jóvenes ahora viudas.

La decisión de Rut de permanecer a su lado se irá traduciendo en un fortalecimiento de la relación arraigada y recreada en cada momento, al ser capaces la una y la otra de salir al encuentro, de orientarse hacia donde está el deseo, la necesidad o la claridad de quien está enfrente. En un momento de reconstrucción de la identidad colectiva, quebrada por la experiencia del sufrimiento en tierra extraña, la narración propone dos modelos de mujeres que hablan de afirmación, libertad y autonomía en el saber descubrirse, reconocerse y potenciarse, sin anularse ni ensombrecerse. Todo un desafío.

3. Una madre dotada de inteligencia y capacidad discursiva

El texto de la mujer sirofenicia (Mc 7,24-30; Mt 15,21-28) nos presenta a una madre que, buscando la salud de su hija, ha de poner en juego sus mejores cualidades para lograrlo[9]. Los textos revelan la *iniciativa* y la *decisión* de esta mujer desde el primer momento: *«en cuanto oyó hablar de él, llegó y se postró a sus pies»* (Mc 7,25). Ella es la gran protagonista de todo el acontecimiento narrado y quien con esta acción

7. Cf. M.M. Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista,* Barcelona 2003, 200-205.
8. Cf. I. Rashkow, «Ruth: The Discourse of Power and the Power of Discourse», en: (A. Brenner [ed.]) *A Feminist Companion to Ruth,* Sheffield 1993, 31.
9. Cf. E. Estévez, «Mujeres sanadas, mujeres de virtud»: *Estudios Eclesiásticos* 79 (2004) 433-455.

se erige como un paradigma nuclear para su hija enferma. En contra de lo que el patriarcado subraya y eleva al rango de definitivo en la vida de una madre, la relación con el hijo[10], este texto evangélico enfatiza la mediación materna en la configuración del orden simbólico de la hija. El encuentro que se da entre ellas al final del relato (Mc 7,30), y del que no se nos ofrece una descripción, bien podría apuntar en esta dirección. La hija ha quedado, después de la acción de la madre en favor suyo, arraigada y sustentada en una mujer mediadora de sabiduría, independencia y autonomía. La figura materna ha roto los estrechos moldes en que la encerraba el mundo masculino, para erigirse como principio de una autoridad simbólica diferente. La hija aprenderá de ella a luchar por la vida con inteligencia, a desprenderse y desligarse de los principios inamovibles que atan de por vida a las mujeres al mundo de la pasividad, la emotividad, la intuición, el silencio, la belleza y la seducción. Las actuaciones de esta madre griega resaltan la ruptura de los espacios privados y públicos, de los ámbitos adecuados para varones y mujeres. Ella sale de la casa, y todas sus acciones se encuadran en el mundo «destinado» por naturaleza a los varones. Su motivación no es otra que la salud de su hija; dicho de otro modo, la búsqueda de un futuro diferente para ella, que empieza conscientemente a esbozarse al margen de los significados simbólicos dominantes, facultando así a su propia hija para construir otros más emancipadores.

Su *poderosa inteligencia* y su *saber racional,* ampliamente demostrados en el diálogo con Jesús y conjugados con una gran hondura en el amor que siente hacia su hija sufriente, será el vehículo que la conduce a lograr la curación de la muchacha endemoniada. Lejos de lo que cabría esperar, de acuerdo con las expectativas sociales, la sirofenicia da muestras de una gran *fortaleza* en el dolor que se expresa, no como resignación y abnegación, sino como capacidad para reclamar sus derechos y pelear por ellos incluso frente a la autoridad de Jesús. Manifiesta su habilidad para afrontar la situación desgraciada con valor y astucia, desmontando los razonamientos que la condenaban a ella y a su hija a permanecer «atadas» a su destino por sus raíces culturales, religiosas y étnicas. De la confrontación con Jesús sale vencedora, y Jesús se lo reconoce: Mateo (15,26) alaba su gran fe: *«Mujer, grande es tu fe»;* y Marcos (7,29) muestra gran admiración por su inteligencia: *«Por lo que has dicho».*

10. Cf. M.M. Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista,* Barcelona 2003, 205-212.

La hija de esta mujer y otras muchas mujeres ven en ella un *modelo de liderazgo de una mujer creyente* cuya contribución fue enormemente significativa en una de las etapas más cruciales en los orígenes del cristianismo: la *apertura a los gentiles.* Ella se hace visible «como una de las madres apostólicas de los cristiano-gentiles», pudiendo situarla junto a otros personajes centrales en este sentido: la samaritana y, por supuesto, Pablo[11].

El argumento teológico que la mujer esgrime frente a la visión de Jesús sobre su misión, tal como Marcos y Mateo la presentan[12], es de una gran profundidad y revela que nos hallamos, bastante probablemente, ante un mujer culta y rica. Para esta mujer griega, no sólo los gentiles son igualmente dignos de misericordia, sino que al dirigirse a Jesús como «Hijo de David» reclama igualmente, sin mendigar, que Jesús ejerza los deberes del compromiso interpersonal que tiene por ser quien es. Aunque las expectativas sociales sobre las mujeres eran las de callar y ser sumisa, sobre todo frente a los varones, la mujer argumenta públicamente hasta conseguir que la verdad se muestre para todos los presentes.

Su razonamiento es expresión de una persona capaz de ir más allá de las convenciones sociales del momento y ampliar el concepto de compasión. A la luz de las palabras femeninas, se provoca al movimiento cristiano tendente a superar el principio aristotélico que impregnaba desde antiguo toda la sociedad mediterránea y que excluía de la misericordia a aquellos/as que no se consideraban «dignos»[13]. La mujer apuesta, en cambio, por una misericordia universal en el tiempo y en el espacio. No son los condicionamientos y los límites sociales los que tienen la última palabra, sino la experiencia de un Dios que es inclusivo y ama con total gratuidad.

11. Cf. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Pero ella dijo...,* Madrid 1996, 131.
12. Mt 15,24: *«No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel»;* Mc 7,27: *«Deja que primero se sacien los hijos; pues no está bien coger el pan de los hijos y tirarlo a los perros».*
13. La compasión, entre las virtudes éticas, ha de ejercitarse sólo «*cuando es debido, y por aquellas cosas y hacia aquellas personas debidas, y por el motivo y de la manera que se debe»* (ARISTÓTELES, *Et. Nic.* II 1106b,22).

4. María, sabiduría profética y sapiencial

Entre los desafíos más fuertes que tiene planteados el cristianismo hoy, está el de establecer un diálogo renovado con los *sistemas de significaciones* vigentes en los contextos socio-culturales actuales. Una nueva inculturación de la fe no puede dejar al margen la depuración y recuperación de la figura de María, central en la vida cristiana y, sin embargo, objeto de devociones y discursos no siempre portadores de mensajes liberadores para las mujeres y, consiguientemente, para los varones. En este proceso, ya iniciado desde muchos ámbitos reflexivos y experienciales, las palabras de la Escritura sobre María son referencia obligada. La imposibilidad de abarcarlas todas en un espacio tan breve nos ha determinado a centrarnos en el evangelio de Juan, un escrito que revela la audacia de la comunidad joánica para hablar del discipulado de las mujeres, también del de María, la madre de Jesús.

Dos son los pasajes que hablan de ella, ligándola de modo significativo al inicio (Jn 2,1-12) y al final del camino de Jesús (Jn 19, 25-27).

En las bodas de Caná, el primer signo realizado por Jesús, María ocupa un lugar central. En ella aparece representado el pueblo, que desea y *provoca* con sus gestos y palabras la llegada del Reino, esto es, la plenitud de la salvación. María destaca en toda la narración como discípula activa y con iniciativa, conocedora de que ha llegado la hora, como muestran sus palabras ante la negativa inicial de Jesús: *«haced lo que él os diga»* (Jn 2,5)[14]. María, la mujer, destaca como testigo y discípula ejemplar, al estilo de la samaritana (Jn 4,21) y María de Magdala (Jn 20,13). Más aún, la palabra que dirige a los siervos (*diakonoi,* probablemente los dirigentes de la comunidad) se convierte en una palabra central para la construcción de la comunidad del Reino, vinculada y obediente a Jesús, el Cristo[15].

La madre se presenta ante el hijo con una palabra libre y firme que afirma su convencimiento: desde ese momento se inicia un tiempo nuevo. Su fe es más fuerte que la de los discípulos, que creyeron únicamente después del signo (Jn 2,11); por eso actúa sin dudar, convirtiéndose en paradigma del discipulado vinculado a la vid y dando frutos de vida en abundancia (Jn 15). Los lazos afectivos con el hijo son releídos en referencia a la propuesta del Reino, es decir, al alumbramiento de una nueva creación, pero también son reinterpretados como la vin-

14. Cf. R.E. Brown, *La comunidad del discípulo amado,* Salamanca 1991, 191.
15. Cf. E. Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella,* Bilbao 1989, 391.

culación de María misma con un proyecto que asume como propio. Por otra parte, Jesús, el hijo, encuentra en su madre la confirmación de la misión que ha recibido.

El relato entero subraya la dimensión relacional de ambos protagonistas, María y Jesús. Los gestos y palabras de la madre la muestran como una mujer dotada de *poder relacional,* es decir, con capacidad para generar situaciones nuevas, abrir nuevos horizontes de humanidad, crear espacios de inclusividad y ámbitos de reconocimiento donde la vida, la fiesta y la mesa compartida anticipan la llegada del Reino.

La escena de María al pie de la cruz (Jn 19,25-27), cuando prácticamente la totalidad de los discípulos han desaparecido, nos descubre a una mujer dotada de una fortaleza inmensa. Permanecer firme junto al hijo crucificado nos habla de una madre que se ha dejado encontrar por la experiencia de sentido que se esconde detrás de la experiencia del sufrimiento y la muerte: de su hijo y de ella misma. En unos tiempos en los que predomina la huida del dolor y de las preguntas que alcanzan la hondura del ser, esta mujer se alza como invitación y provocación para dejarnos afectar por las grandes cuestiones de toda existencia humana: el sentido del mal en el mundo, los caminos de la felicidad, la existencia de Dios... Atrás quedan las imágenes idealizadas de María, lejanas al discurrir diario de hombres y mujeres y proyectadas al mundo celeste. El texto evangélico nos presenta a una mujer abocada, como cualquiera de nosotras/os, a enfrentarse con el sentido de su existencia.

La sabiduría adquirida al pie de la cruz resitúa a María en la historia de la salvación. Junto a la cruz, María y el discípulo amado por Jesús se miran en el Hijo y actualizan su vocación/misión, reordenan sus pertenencias y se disponen a fortalecer su seguimiento en una nueva comunidad donde el amor y la igualdad es la fuente generadora de vida dentro y fuera de las estructuras y mediaciones eclesiales. En línea con la teología joánica, las palabras de Jesús a su madre –*«Mujer, ahí tienes a tu hijo»*– y al discípulo –*«Ahí tienes a tu madre»*– (Jn 19,26-27) refrendan la instauración de una comunidad que anula las dinámicas de marginación y proclama que en la Pascua se ha inaugurado definitivamente una nueva creación donde la justicia, la solidaridad y el bienestar alcanzan a todas las mujeres y a todos los hombres. Como en el pasaje de Mc 3,31-35, esta escena nos habla de la constitución de una nueva familia que rompe con la familia patriarcal y anula las pretensiones de dominio y autoridad excluyente del *paterfamilias.*

Palabras finales

El artículo ha pretendido visibilizar los rostros, las actuaciones y las palabras de algunas madres bíblicas de modo que las mujeres y madres de hoy puedan identificarse, saberse, sentirse a sí mismas y nombrar sus propias experiencias como mujeres en solidaridad con otras mujeres.

La riqueza y complejidad del momento actual provocan una mirada creyente y con perspectiva de género a los fragmentos de vida femenina diseminados en las páginas bíblicas, donde, sin duda, se recogen semillas de liberación que han sobrevivido a la visión androcéntrica y a las estructuras patriarcales de la literatura bíblica.

Repensar y elaborar una reflexión cristiana que aporte luces en la complejidad y riqueza de visiones sobre la maternidad en las sociedades actuales no puede desvincularse del caminar histórico de las mujeres, con sus luces y sus sombras. La toma de conciencia femenina de sus derechos, luchas y acciones en favor de una emancipación real, sus avances y retrocesos, son el *lugar teológico* donde Dios se desvela y donde somos invitados a escuchar de nuevo su Palabra, acogerla y reflexionarla, amarla y ensayar sendas renovadas de discipulado.

Los iconos bíblicos ofrecidos no pretenden agotar la reflexión; al contrario, quieren ser una invitación a releer la Escritura con otros ojos y un estímulo para gustar la Palabra desde el claroscuro del caminar humano. Todavía quedan preguntas sin contestar, diálogos sin concluir. Ésa es la tarea a la que quedan invitados/as quienes se acerquen a estas páginas: *reapropiarse* de los textos bíblicos –incluidos los que han sido relegados, por ejemplo, en la liturgia– de una manera más liberadora y potenciadora de la dignidad de toda mujer; fomentar *lecturas comunitarias de la Palabra* en las que las experiencias de las mujeres por quebrar las estructuras patriarcales, en los tiempos bíblicos y en la actualidad, estén en el centro de la interpretación.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

THOMAS MERTON
Incursiones en lo Indecible
144 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €

Incursiones en lo indecible –cuyos temas son tan antiguos como el mito de Prometeo y tan nuevos como el caso de Adolf Eichmann revela el momento en que Thomas Merton pasa de la piedad de sus primeras obras a un compromiso directo y militante con la situación crítica del ser humano en el mundo. Por medio de parábolas y mitos, ensayos y meditaciones, sátiras y manifiestos, prosa poética e incluso adaptaciones de un místico sufí medieval (Ibn Abbad), pretende humanizar y dramatizar las cuestiones que plantea. Merton ve un horizonte oscuro, pero su respuesta es la esperanza cristiana.

ST 92 (2004) 817-826

Vivir en plural.
Vocación a la maternidad

María Dolores LÓPEZ GUZMÁN*

A Samuel, el profeta, su madre le hacía un vestido cada año cuando llegaba el momento de subir al templo para ofrecer los sacrificios a Yahveh (1Sm 2,19); probablemente tenía que alargar «los bajos», de tanto como crecía, o le gustaba que estrenara ropa para una ocasión tan especial. La madre de Tobías lloraba desconsolada en el momento de la marcha de su hijo: *¿por qué has hecho que se vaya?* (Tob 5,18); le gustaba tenerlo «pegado a las faldas», siempre cerca. Y las más osadas se atrevían a consagrar a Dios a su criatura desde el momento de la concepción: *soy nazir desde el vientre de mi madre,* explicaba Sansón a Dalila para dar razón de su increíble fuerza (Jue 16,17). Atención desmedida, lágrimas, cuidados, desvelos y hasta intrigas para favorecer a su prole –el episodio de Rebeca ayudando a Jacob en la lucha por la primogenitura es sensacional (Gn 27)–, como *una leona entre leones* (Ez 19,2), conforman el *pack* de sentimientos asociados a la maternidad. Y es que vivir pendientes de los hijos es casi una necesidad desde el momento en que a una mujer se le confirma el estado de buena esperanza.

Puestos a hablar del cariño que despiertan los hijos, es difícil diferenciar entre lo que un padre y una madre puedan sentir. No es privilegio exclusivo de las madres ese deseo inconmensurable de «darles lo mejor» para que se puedan manejar en la vida y salgan adelante con bien. Pero hay algo en la maternidad difícil de definir y que otorga a la mujer un lugar especial en el entramado del hogar. Todos los poros de su piel quedan empapados y tocados en la acogida del nuevo ser que va creciendo en sus entrañas. Ya nada será igual, ni ella será la misma.

---

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.* Licenciada en Filología y en Teología. Profesora en el Instituto de CC. RR. a Distancia «San Agustín».

Hasta la expresión del rostro cambia al coger por primera vez al niño entre sus brazos nada más dar a luz. «Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que, en este ser padres en común, él contrae una deuda especial con la mujer»[1].

¡Mujer tenía que ser!

Aunque la ciencia nos sigue sorprendiendo cada día con técnicas increíbles y descubrimientos asombrosos, poniendo patas arriba lo que hasta la fecha era considerado natural e inamovible (Dolly, la oveja-*clon,* ha sido el mejor exponente de esta revolución biológica de laboratorio), no ha llegado todavía el momento en que los hombres puedan dar cobijo en su seno a un nuevo ser. La naturaleza ha sido generosa con la mujer dotándola de la capacidad de gestar y hacer crecer en su vientre una vida. La fecundidad ha tomado cuerpo en ella.

Esta vinculación tan genuina con el milagro de la vida supieron verla desde antiguo los primeros pobladores de la tierra. Maravilla ver de cerca esas figuras impactantes, algo obscenas y rebosantes de sexualidad, con que los hombres prehistóricos daban culto a la fertilidad. Las llaman venus votivas, o también diosas madres. Era cuestión de supervivencia y de agradecimiento. De la capacidad de tener hijos dependía el futuro de los pueblos. Bien lo sabían los patriarcas, y aún mejor las matriarcas, especialmente aquellas que sufrieron la humillación de la esterilidad. La bendición de Yahveh se relacionaba directamente con la descendencia. Por eso, en el caso de Abraham, lo llamativo no era la promesa de darle en herencia un gran pueblo (no podía ser de otra manera, tratándose precisamente del Creador y, por tanto, del Señor de la vida), sino el hecho de que afectara a un útero seco y sin vigor como el de Sara; *mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí...* (1Co 15,10).

Estaba claro que Dios había convertido a la mujer en pieza clave de la creación. Sin ella, el hombre no sólo experimentaba la soledad (Gn 2,18), sino que su capacidad de reproducción quedaba «recortada» y supeditada a la presencia femenina. Aun tratándose del paraíso –o precisamente por ello–, el hombre y la mujer no podían «hacer historia» el uno sin el otro. Quedaban así «condenados a entenderse»... En el entendimiento mutuo había depositado el Creador las esperanzas del futuro de la humanidad.

1. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem,* n. 18.

En propia carne

El embarazo es uno de los momentos en que la maternidad brilla de manera singular. La imagen de una mujer en los meses de la gestación expresa con especial relieve la unión indisoluble entre donación y crecimiento. El embrión se alimenta, literalmente, de la sangre de la madre. No puede subsistir ni «ir a más» sin el cordón umbilical. Vive de lo que la madre le da. Resulta sorprendente que este tiempo tan revelador quede muchas veces reducido a una cuestión estética o que esté asociado al pudor. Normalmente, la forma o la mayor o menor hinchazón del vientre suele ser el centro de las conversaciones, con augurios tan infalibles como *tendrás una niña, porque tienes la tripa redonda;* o *será niño, porque es picuda;* y otras sentencias «de peso», tales como *no tardarás en dar a luz, se te ve el vientre muy bajo, ¿no?;* o *¡huy qué gorda estás! Eso es que la cabeza ya está encajada...* El entorno de la mujer en este estado es particular y, aparte de la maternidad, no deja de ser curioso que el campo semántico al que se relaciona todo lo que tenga que ver con lo «embarazoso» sea la vergüenza, el apuro o la turbación y, en otro ámbito, la contrariedad o el obstáculo.

De alguna manera, el relato de la creación o del «nacimiento» de la mujer (Gn 2,21-24) da la sensación de querer igualar al hombre con ella, y no tanto al contrario. Era evidente que toda madre podía decir de sus hijos que eran «carne de su carne», no así el padre (las pruebas de paternidad son un auténtico desafío para algunas relaciones)... Existían muchas culturas que idolatraban y veneraban la figura de la madre, a la que reconocían poderes sobrenaturales para garantizar la continuidad de la existencia[2]. Se necesitaba, por tanto, subrayar la participación y la igualdad entre el varón y la mujer. Ambos proceden de las mismas manos y del mismo barro. Y a los dos otorgó el Señor capacidad creadora. Sólo así Labán podía decir de Jacob, su sobrino, que era *hueso mío y carne mía* (Gn 29,14). *¿Quién ignora que la mano de Dios ha hecho esto? Él, que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre* (Jb 12,9-10).

2. Ver: Juan Ignacio CORTÉS (coord.), «El misterio de la maternidad»: *Mundo Negro* (junio-2004). Una exposición de escultura tradicional africana sirve de guía en este artículo para explicar la veneración africana por la maternidad. También en otras culturas se produce este culto. En la Mesoamérica prehispánica se han encontrado representaciones de la diosa Tlazolteotl, arquetipo por excelencia de la madre, en las que aparece representada como una gran parturienta. Se asociaba a esta imagen la protección, la abundancia, la fertilidad, la fuente de la vida y la nutrición.

Multivivir[3], gestar y crecer

Las cuarenta semanas del tiempo de gestación son una auténtica escuela de conocimiento y de profundización en el sentido de la vida. La mujer lleva en su corporalidad la impronta de la dinámica del amor: entregarse sin restricciones, en cuerpo y alma, para hacer crecer a otro ser. Los límites que marca el físico de la persona quedan completamente desbordados. Parecería como si la dimensión eucarística del partir y compartirse le fuera connatural a la condición humana. Quizá lo llevamos inscrito en la sangre. Así, llena aún más de asombro y estupor que el mismo Dios, en Jesús, decidiera hacer partícipe a la humanidad de su cuerpo y de su sangre, es decir, de todo su ser. ¡Se necesita fe para creer que de verdad se nos ha acercado tanto!

Es como si la llamada a la donación la lleváramos registrada en los genes. Porque Dios no se contradice. No varía de opinión a las primeras de cambio. No nos planeó primero de una manera y luego, vistos los resultados, de otra. Posiblemente tentaciones no le faltaron, como quedó reflejado en los relatos de Sodoma y Gomorra o del diluvio universal. Pero Él no traiciona sus «principios» –los que mostró en los comienzos de la creación y de la historia–, ni mucho menos «el principio» –ese modo de concebirnos–; es *el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones* (Dt 7,9). Si dotó al ser humano en su carnalidad de esa forma tan peculiar de dar paso a nuevas generaciones, haciendo crecer un ser dentro de otro ser, es porque realmente forma parte del *«querer e interés»* del Señor esta forma de «hacerse un hombre»: dándose y *multiviviendo.* Es como si la embarazada viviera, de alguna manera, por duplicado.

La Historia de la Salvación tiene mucho de parto. Comenzó en los orígenes, y todavía seguimos en ello. Se hace largo y es laborioso. Allí dejó el Señor el germen de su proyecto y sus sueños. Pero bien ha experimentado en propia carne lo que cuesta dar a luz al viejo estilo (sin ayudas ni anestesia), *pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto; y no sólo ella; también nosotros* (Rm 8,22-24).

No es fácil encontrar una imagen que exprese con tanto vigor y transparencia el significado de la comunión y la diferencia como la

3. J.L. MARTÍN DESCALZO utilizaba este término para hablar del amor al prójimo y la necesidad de abrirse al otro: «Vivir es convivir», en *Razones para el amor,* Madrid 1986, p.16. Me pareció sugerente para aplicarlo a la maternidad.

imagen de una mujer encinta. Dos seres compartiendo destino, emociones, en dependencia radical, pero con vida propia. La madre controla mejor la situación y tiene más fuerza que el niño, pero cualquier movimiento o enfermedad del embrión tiene repercusiones directas sobre ella. Muchas son las noches sin dormir ya en este tiempo, cuando al pequeño se le ocurre «juguetear» probando insólitas posturas en el vientre de la madre, poniendo a prueba la paciencia de su progenitora incluso antes de nacer. Descoloca y asombra experimentar cada día la vitalidad de la nueva criatura formándose en el interior. Una buena parábola de lo que es nuestra relación con Dios. Nadie como Él conoce cómo se teje el misterio de la vida desde la concepción (Sal 139).

En el proceso de la gestación son muchos los sentimientos que se agolpan en el corazón de la madre. Una mezcla de ilusión y temor será la compañía habitual de los nueve meses que preceden al deseado nacimiento. También dolor. La transformación física es un anuncio del cambio que se opera en el corazón y en el sentir. Se asoma una oportunidad de ver la realidad con ojos nuevos. Cuesta mirarse al espejo y no reconocerse. No es una cuestión de belleza o de haber perdido la figura y la imagen habitual –aunque también–, sino, sobre todo, de sentirse otra persona, otro yo. «Dejar hueco» a otros siempre conlleva unas dosis de empuje (hay que desplazar y cambiar de sitio muchas cosas) y *trans-figuración.*

El periodo de la gestación es tiempo de inicio, de desarrollo, de formación, de preparación... Tiene sentido en sí mismo, pero se nutre de la espera. Incertidumbre y paciencia son sus compañeras. Es anuncio y realidad, presente y futuro. Y enseña que la existencia nunca más será ya «mi vivir», sino «nuestro vivir». Más juntos no se puede. La persona se ensancha en la procreación. Tiene efecto multiplicador. El individualismo queda (o debería quedar) desterrado cuando el ser humano se prolonga más allá de sus límites. Ahí está la llamada naciente: salir de sí y dejar salir a otros, como el niño desde el seno de su madre.

Amor *con-centrado*

Hay un ingrediente de «vital» importancia para el crecimiento: el amor. No basta con dejar a la naturaleza seguir su curso. Se pone en juego la calidad de la existencia. Se puede malvivir o, simplemente, vivir. Pero también es posible estrujar la vida dejándose empapar de realidad y tratando de descubrir la presencia sigilosa y rompedora de Dios en todas

las cosas; vivir «a tope», que se dice. Sólo el amor permite dar ese salto cualitativo. «Sólo el amor convierte en milagro el barro»[4].

El Amor es uno y es el mismo, porque procede del Dios uno y único. Para el hombre es inabarcable, porque es inagotable e infinito. Por eso tiene sentido hacer las cosas «de mil amores», poniendo un toque especial y diferente en cada situación. Revelando matices y descubriendo sorprendentes rincones. Los padres, en su amor *com-partido* a los hijos, reproducen algunas de esas mil caras que de ninguna manera serán contradictorias con otras formas de amar, sino complementarias.

Hay algo común en el modo de quererse un hombre y una mujer y en el cariño por la prole. Ambos amores comparten cierto aire de *concentración,* al proporcionar a la persona un rostro central, claro y compartido, a través del cual se canaliza el afecto y la pasión. Son, además, opción primera y, por ello, condicionante de todo lo demás. Para unos padres, el amor al cónyuge y a los hijos es prioritario y principal, y estructura la vida entera. Por eso centra, es decir, encauza, integra, «encuadra». A la hora de enfrentarse a cualquier elección posterior, la persona deberá sopesar si contribuye suficientemente al crecimiento de las relaciones familiares o a su disolución. No es tan fácil de valorar. Con frecuencia entran en conflicto intereses de distinto signo y condición que exigen inevitables renuncias.

Existe un peligro y una tentación en este modo de amar: una concentración excesiva puede derivar, si no se está alerta, en encerramiento, ensimismamiento y pérdida de visión. Se enfoca mucho una parte (la que me corresponde y me interesa)... y se pierde el todo. En el otro polo estaría el amor *des-centrado,* más característico de las personas que eligen formar parte de una congregación o institución religiosa, o de quienes se quedan solos. Los célibes despliegan un amor con un tono más universal. No dedican su vida a una persona concreta ni a unos hijos, sino a todos. Lógicamente, nadie puede abarcar toda la humanidad, y no se puede querer en abstracto. Pero esa opción de estar abierto a las necesidades de cualquier ser humano aporta matices de enorme valor.

Tiene algo de milagro el que algunas personas elijan renunciar a la familia «natural» para anunciar y construir un amor desposeído, con el centro puesto en el prójimo y desplazado de sí. Supone un fuerte *des-*

4. Silvio Rodríguez pone música a la poesía de José Martí que incluye este verso. Todo en el álbum del cantautor *Causas y Azares* merece la pena: «Hallazgo de las piedras», «Te conozco», «El pintor de las mujeres-soles»...

centramiento de uno mismo. Por eso la belleza de lo que comunican es desbordante y extraordinaria, por la rareza y singularidad del amor que significa: renuncia a la reciprocidad y profusión de gratuidad. Es una auténtica piedra preciosa. Pero tampoco carece de riesgos: apreciar a la gente de un modo tan general e ideal que se acabe no queriendo realmente a nadie. Cuando se llega a este estadio, la persona ha salido tanto de sí que ya ni se encuentra ni sabe quién es; en definitiva, acaba completamente descentrada.

En Dios se dan los dos modelos: amor *con-centrado,* por ejemplo, del Padre al Hijo, o de las tres personas de la Trinidad entre sí; y amor *des-centrado,* el del Hijo en el abajamiento de la Encarnación. Esta salida del Hijo tiene lugar porque previamente el Padre lo envía hacia fuera, y el Espíritu lo «empuja» y «alienta» a salir. Un modelo no se puede dar sin el otro. En Dios nos encontramos, nos reconocemos y nos necesitamos todos para llegar a ser aquello a lo que estamos llamados. La virginidad nace de un amor mutuo y procreador, y éste, a su vez, apunta hacia ella para alcanzar la plenitud. Paradojas del amor.

Intuición y lágrimas

En estos amores la madre aporta un «toque» particular. Quizás esté relacionado con eso que llaman *intuición femenina.* Algo casi imposible de definir, pero no por ello menos real y verdadero. Tiene que ver con la percepción íntima e instantánea de algo que a uno le importa y le atañe. Para que sea certera, debe estar asociada a un conocimiento previo y profundo de las personas y de la realidad. Ana, la madre de Tobías, no necesitó verlo de lejos, como el padre del hijo pródigo, para saber que volvía. Le tenía «calado». Las madres dedican mucho tiempo a contemplar cada gesto de sus vástagos. Se empapan de cada uno de sus movimientos. Ella pasaba los días *con la mirada fija en el camino de su hijo. Tuvo la corazonada de que él venía...* (Tob 11,5).

Corrió Ana y se echó al cuello de su hijo, diciendo: "¡Ya te he visto, hijo! ¡Ya puedo morir!" Y rompió a llorar (Tob 11,9). Ana se había adelantado a lo razonable, porque *pre-sentía* y *entre-veía* la llegada de aquel ser a quien tanto quería. Probablemente, si alguien le hubiera preguntado por qué se lanzaba al camino sin haber vislumbrado siquiera un poquito de la presencia del hijo en el horizonte, ella no habría sabido explicarlo. Había soñado tanto con ese momento que casi

se lo sabía de memoria. No había otra salida que abrazarlo y llorar. Tocarlo, palparlo, para cerciorarse de su presencia, y dejar estallar al corazón. Las lágrimas, para quien sepa entenderlas, tienen un enorme poder de comunicación, consolador y sanante. Las mujeres hacen abundante uso de ellas. Al padre bueno del episodio de Lucas 15 le bastó con el abrazo; la madre de Tobías necesitó también el llanto para celebrar el reencuentro.

Esa particularidad de las madres de saber lo que les ocurre a los hijos con sólo mirarlos, alivia en ocasiones, cuando sobran las palabras, y asfixia en otras, al comunicar una sensación de control agobiante. Difícilmente se puede escapar a la mirada escrutadora de quien te ha dado a luz y ha pasado tantas noches en vela acompañando tu crecimiento. *A ti te pasa algo,* es la frase favorita de las madres justo en el momento en que uno más desea esconder sus sentimientos y dejarlos acurrucados en la intimidad del corazón. No siempre las madres son lo bastante hábiles o generosas para respetar el ritmo y la interioridad de quien ella considera una parte suya. El reto del desposeimiento, que comenzó en el parto, es un ejercicio para toda la vida. A nadie se le escapa el dolor que conlleva desprenderse de las personas que conforman el propio ser. María hizo gala de una delicadeza exquisita en el acompañamiento de su Hijo. Nunca frenó a Jesús en su camino. Todo lo contrario. Aun sabiendo cómo podía acabar la historia, viendo la trayectoria que llevaba, ella siempre estuvo a su lado, silenciosa, sin impedirle que llegara hasta el final.

Pobreza que engrandece

La vocación a la pobreza se va gestando a medida que uno crece. Requiere madurez en la entrega; por eso es una llamada segunda. En realidad, también está presente en los orígenes, pero cuesta reconocerla sin dejarse arrastrar por ideologías, y mucho más apostar por ella. Con sólo mirar cómo llega el ser humano al mundo, bastaría para caer en la cuenta de nuestra condición de criaturas y de nuestra necesidad extrema, de las pocas propiedades que traemos como aval. Job se consolaba ante sus numerosas desgracias asumiendo el sentido profundo de la indigencia radical con que estrenamos la «independencia»: *Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré. Yahveh dio, Yahveh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahveh!* (Jb 1,21).

Para una madre, el encuentro con la pobreza está teñido de múltiples matices y afecta a diferentes frentes: la fragilidad de la propia persona (incapaz de hacer realidad el sueño de la «madre perfecta»), la de quienes la rodean (especialmente marido e hijos) y la de la vida familiar en todas sus dimensiones (educativas, económicas, sociales...). Pero existe una *pobreza fundante* que ilumina, sostiene y alimenta cualquier opción y concreción posterior en los distintos ámbitos. Es aquella que surge de una estrecha relación con Dios. El punto de partida: el regalo que supone «la chispa de la vida» en el seno materno. Yo no me puedo dar la vida (ni la mía ni la de un hijo); *en ti tengo mi apoyo desde el seno, tú eres mi porción desde las entrañas de mi madre* (Sal 71). En segundo lugar, Él es quien orienta y quien enseña a amar con amor verdadero. Para ello se impone estar a la escucha (Lc 1,26ss), meditar las cosas en el corazón (Lc 2,19.51), dejarse guiar y sorprender por Él (Lc 2,41ss), confiar más en su criterio que en el mío (Jn 2), acompañarle en su ritmo y asumir sus decisiones (Jn 19,25-27). Es la obediencia a la Palabra. María hizo escuela en el arte de elegir ser lo que uno es: pobre de necesidad.

De la contemplación y seguimiento de Cristo, pobre y humilde, se aprende que el amor auténtico sólo entiende de desprendimiento. Que no hay nada más contrario a una madre seguidora del Señor que el acaparamiento. La madre cristiana no ama de cualquier manera; ella se deja la piel entregándolo todo, incluso a los hijos.

¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? (Mt 12,48). Ésa es la gran pregunta que golpea el corazón. Sólo así el amor y la libertad terminarán «casando». No sólo María supo hacerlo; también su hermana, María, mujer de Clopás (Jn 19,25), y una tercera María, madre de Santiago el menor y de Joset (Mc 15,40). Son las «marujas» del evangelio. Desaparecido el Señor, no resulta tan difícil seguir encontrando el ejemplo de mujeres que brillaron con luz propia, como la madre de Juan, que ofrecía su casa para que los discípulos se reunieran a orar (Hch 12,12). Por desgracia, no siempre es así; la tentación pudo con la madre de los Zebedeos cuando le pidió a Jesús que les reservara un lugar privilegiado. Quería la tranquilidad de ver a sus hijos bien colocados, por encima de otras cosas. Al final comprendió cuál era el verdadero camino, y ahí estuvo, junto a las otras mujeres, a los pies de la cruz (Mt 27,56). No se puede decir lo mismo de la madre de Salomé, Herodías, quien utilizó a su propia hija para conseguir sus «caprichos», nada más y nada menos que la cabeza de Juan el Bautista (Mt 14,6-12).

De Nazaret a Jerusalén

La etapa de Jesús en Nazaret, conocida como vida oculta, y el tiempo que vivió *sujeto* a sus padres (Lc 2,51) se suele presentar como referencia ideal para las familias. Pero nuestra fuente de inspiración debe ser toda la vida del Señor, aun cuando algunos textos nos resulten particularmente reveladores. De hecho, no se puede vivir ni comprender Nazaret en profundidad sin tener Jerusalén en el horizonte. Jerusalén es nuestro destino. Sería como mirar la Encarnación sin la Pascua. Nuestra historia comienza por el final...

...Y el final está anunciado en el principio. Con buen tino lo recuerda Salomón en el libro de la Sabiduría: *En el seno de una madre fui hecho carne; durante diez meses fui modelado en su sangre, de una semilla de hombre y del placer que acompaña al sueño. Yo también, una vez nacido, aspiré el aire común, caí en la tierra que a todos recibe por igual, y mi primera voz fue la de todos: lloré. Me crié entre pañales y cuidados. Pues no hay rey que haya tenido otro comienzo de su existencia; una es la entrada en la vida para todos, y una misma la salida* (Sab 7, 1-6). Nuestro primer destino es la vida, y el último, a pesar de la muerte, también. Benditas sean las madres por haber sido llamadas a ser portadoras de esta vida que nunca cesa de estirarse y prolongarse para crecer.

ST 92 (2004) 827-839

Vivir la maternidad en plenitud

Virginia CAGIGAL DE GREGORIO*

1. Introducción

Con frecuencia venimos escuchando que los modelos familiares han cambiado, que la realidad familiar tiene poco que ver con la que vivieron «nuestras abuelas». Al decir esto, uno se refiere a los cambiantes roles del hombre y la mujer en la familia, a las nuevas configuraciones familiares (separaciones, divorcios, familias reconstituidas, parejas de homosexuales) o a los cambios en el estilo educativo de muchos padres hacia un modelo permisivo. Sin embargo, hay un cambio profundo y sutil, que tiene que ver con la vivencia más profunda de la mujer sobre la maternidad, sobre el hecho en sí mismo de ser madre. Hasta hace unas décadas, la mujer se preparaba fundamentalmente para ello, y toda su ilusión estaba puesta casi siempre en llegar a culminar su propia vida dando a luz a un nuevo ser. Cualquier otra preparación, cualquier otro aspecto del propio desarrollo, quedaba en un segundo plano frente a la feliz idea de ser madre.

Hoy día las niñas tienen una preparación intelectual completa que les permite, por fin, desarrollar al máximo sus potencialidades. En esta evolución como mujer suelen ocupar muy poco espacio la motivación y, por supuesto, la preparación para ser madre y ser familia. Recientemente, una mujer de 42 años me decía: *«Hemos decidido mi pareja y yo ser padres. Si me lo hubiera planteado hace cinco años, habría sentido que me quedaban muchas cosas por hacer en la vida, pero ahora creo que, si soy madre, ya no me perderé nada; ya he hecho aquello a lo que aspiraba personal y profesionalmente. Estoy contenta, aunque sé que es posible que ahora tenga dificultad para quedarme embarazada».* Y yo, para mis adentros, me preguntaba si no sentiría ella que en estos años de adultez joven se ha perdido el privi-

* Profesora de Psicología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

legio de ser madre. No es tan extraño escuchar este discurso entre las jóvenes de hoy (y también entre ellos), lo que pone de manifiesto que la maternidad (y la paternidad, en su caso) va quedando a veces relegada a un segundo plano, para cuando uno haya realizado ya lo que profesionalmente anhela.

Pero ¿cómo compaginar ese desarrollo individual, intelectual, profesional y social con los deberes y «ataduras» de la maternidad? ¿Y cuánto tienen estas actitudes de decisión madura y cuánto de desconfianza en una misma? Probablemente la maternidad sea una de las realidades que más desprestigiadas han estado en los últimos tiempos. Vamos a analizar este fenómeno, para después llevar a cabo algunas propuestas para ser madre hoy.

2. El desprestigio de ser madre

Ser madre hoy no está muy de moda, sobre todo ser madre de más de dos hijos[1]. Es más importante que la mujer «se realice», sea una profesional y desempeñe un trabajo fuera de casa. Pero luego oímos con frecuencia decir a algunas mujeres: «Nos han engañado: ahora trabajamos el doble, fuera de casa y en casa». El cambio social que conlleva el acceso de la mujer de forma mayoritaria a la actividad profesional ha impactado necesariamente en la realidad familiar. Muchas mujeres tienen miedo a tener más de uno o dos hijos, por la repercusión que ello pueda tener en su puesto de trabajo y en su remuneración; por otra parte, resulta bastante complicado conciliar la vida laboral y la familiar, a pesar de que desde las instancias políticas se pretenda lo contrario; además, nunca parece llegar el buen momento (económico, profesional, emocional) para afrontar la llegada de un hijo; y las exigencias económicas de la mayoría de las familias de nivel medio no permiten tener varios hijos.

Pero ser madre (y ser padre) es un ejercicio maravilloso de libertad y de responsabilidad. Quizá es el mayor ejercicio creador del que el ser humano es capaz, donde su ser se pone en consonancia con la fuerza creadora de Dios, aunque la sociedad se empeñe en que es poco im-

1. Hace un tiempo, recién nacida mi tercera hija, esperaba con los tres en la sala de espera de la consulta de la pediatra, cuando una madre le dijo a su hijo de unos tres años: «Fíjate, pobrecilla esa madre... con tres hijos; si yo, que sólo te tengo a ti, no paro en todo el día y estoy agotada...». Sinceramente, me quedé sin habla.

portante, que la persona «se realiza» poco en ello. Desde la misma concepción, la madre se hace portadora de otra vida que no le pertenece, pero a la que se siente llamada a acompañar, ayudando al nuevo ser a «llegar a ser». Ninguna actividad puede reportar tanto al ser humano como la experiencia de entregar amor al que lo necesita, de dar lo mejor de sí mismo como riego y alimento para el que crece, de regalar la vida para que el otro sea. Y ésta es la esencia de la maternidad.

3. La decisión

Ser madre es una decisión individual y, normalmente, de pareja. Hoy día, el paso a ser madre se ha retrasado con respecto a lo que era habitual hace 50 ó 60 años, por lo que normalmente es la mujer la que decide si desea convertirse en madre.

En esta decisión hay muchos factores que desempeñan un papel importante; entre ellos, la experiencia personal en la propia familia de origen, las ambiciones profesionales, el deseo de tener una identidad social, el deseo de ser valorada en un entorno tradicional, la identificación fusionada con la propia madre, la generatividad del amor de dos en un tercero... Vamos a recorrer algunos de estos elementos.

La experiencia personal en la propia familia de origen

Ya hemos dicho que «ser madre» no es algo que habitualmente se enseñe. Dedicamos buena parte de nuestra juventud a prepararnos profesionalmente para el desempeño de todo tipo de tareas, muchas veces de gran complejidad y envergadura; pero normalmente no tenemos la oportunidad de entrenarnos o prepararnos para ser madres[2]. Sin embargo, inevitablemente ponemos parte de lo vivido en nuestras familias de origen en nuestra nueva realidad de madres.

2. En la asignatura de libre configuración que imparto, «Educación y familia» (IUF, Universidad Pontificia Comillas), he podido disfrutar, en la evaluación final de los alumnos, universitarios de muy diferentes ramas (ingeniería, derecho, empresariales, traducción e interpretación), con comentarios escritos de este tipo: «Ahora comprendo más a mis padres»; "«Esta asignatura me hace sentirme más preparada para formar una familia»; «Al principio me costó pensar tanto en la familia, pero ahora entiendo que no basta con buena voluntad, que hay formas de hacer las cosas mejor con los hijos». Estos y otros muchos comentarios me hacen apostar por un tiempo de reflexión sobre la familia, la maternidad y la paternidad para los alumnos universitarios que lo deseen.

El modelo aprendido es de vital importancia para enfrentarse por primera vez a la maternidad. Los valores con los que mi propia madre se entregó a mi cuidado y al de mis hermanos (generosidad, paciencia, sinceridad, alegría...) probablemente ahora me acompañen en este nuevo mundo que se me abre. A veces no quisiéramos repetir lo vivido; por ejemplo, si hemos sentido que nuestra madre tuvo un trato diferencial con alguno de los hermanos, o si crecimos en un ambiente triste o excesivamente exigente, etc. Otras deseamos ardientemente que nuestros hijos vivan las satisfacciones y alegrías que nosotros pudimos gozar, y nos empeñamos en perpetuar el patrón aprendido. Normalmente se combina todo ello, pero es importante que nuestra reflexión nos permita considerar que ni voy a poder evitar todo lo que quisiera no repetir, puesto que probablemente lo he hecho mío, mucho más mío de lo que imagino, ni tampoco conseguiré dar a mis hijos lo bueno tal como yo lo tuve, puesto que la historia y la realidad de mi familia actual es nueva, es diferente.

Podemos pensar qué valores de los que yo recibí quisiera transmitir, cómo puedo hacerlo en mi realidad actual, qué no quisiera llevar a mi familia de lo que yo viví en mi familia de origen, y cómo puedo no llevármelo. Esto probablemente nos permita un sentimiento de satisfacción y agradecimiento profundo a nuestra madre, nos afiance el sentido de pertenencia a la familia de origen y nos anime a crear nuestra nueva familia con ilusión y confianza, sabiéndonos portadoras de muchas cualidades aprendidas para ser madres, y también sabiéndonos capaces de crear y recrear algunas nuevas, que serán útiles e importantes para nuestra nueva realidad.

Las ambiciones profesionales

Utilizo aquí la palabra «ambiciones» en un sentido positivo: los objetivos y metas personales que cualquier mujer puede marcarse en el ejercicio de su profesión. Son muchos los años que se invierten en esa preparación profesional, y muchas las ilusiones puestas en poder desempeñar la tarea con dignidad y satisfacción propia. El acceso de la mujer al trabajo ha permitido cambios fundamentales en nuestra sociedad, como la igualdad hombre-mujer, la redistribución del poder en la familia, el bienestar emocional de muchas mujeres que se ven identificadas y felices con su tarea, etcétera.

Pero en muchos casos esto se ha planteado como una disyuntiva: o ejerces como profesional o te dedicas a tu familia. Por el movimiento

social actual, muchas mujeres «necesitan» el ejercicio profesional; de lo contrario, creen que no están «realizadas». Creo que, cuando el momento histórico abre una nueva puerta, no hay por qué cerrar sistemáticamente las que ya estaban abiertas; es decir, que si ya es posible que la mujer pueda realizar una tarea profesional, ello no tiene que implicar necesariamente que todas las mujeres deban pasar por esa puerta sin siquiera mirar los otros caminos posibles[3].

En el mejor de los casos, hay situaciones laborales que permiten compaginar bastante bien, o razonablemente bien, la tarea de ser madre y ser profesional. Pero otras veces la mujer se ve como «estirada» por dos fuerzas: su deseo de ser buena madre y su deseo de trabajar fuera de casa, lo que puede acabar rompiéndola a ella en uno u otro ámbito, o rompiéndose ella misma.

Uno de los posibles efectos de todo lo que acabamos de comentar es que la madre corre el riesgo de experimentar a sus propios hijos como una carga. Esto hace que no esté disponible para satisfacer sus necesidades, no tanto las materiales –que la mayoría de las madres intentan cubrir y que, además, con dos sueldos suelen estar algo más satisfechas que con uno–, sino que encuentra dificultad para satisfacer las necesidades emocionales: escucharles con atención, sonreír y reír con ellos, tolerar sin ponerse nerviosa las discusiones normales entre hermanos, ponerse en su lugar cuando están tristes, etc. José Antonio Ríos señala: «Las condiciones sociolaborales de muchas madres impiden que el tiempo de permanencia con el hijo se haga acorde con unas mínimas condiciones de higiene mental que garanticen ternura, comunicación profunda, estabilidad afectiva, coherencia en la línea de actitud educativa, en el ejercicio de la autoridad y en el mantenimiento de un determinado tipo de disciplina que sean los mimbres con que se vaya tejiendo o estructurando la maduración personal del hijo»[4]. El estrés que generan estas dificultades puede derivar en lo que llamamos «síndrome del quemado» (*burn out*), que se caracteriza por cansancio físi-

3. Al hablar en los grupos de preparación al matrimonio sobre relaciones de pareja, me gusta preguntarles si han reflexionado sobre estas diferentes opciones que tienen por delante en su vida de matrimonio y de familia. Son muy pocos los casos en los que han contemplado todas las opciones por igual antes de tomar una decisión; y son también pocos los casos en que han tomado una decisión razonada, en comparación con los casos en que han decidido según lo que socialmente está bien visto.
4. J.A. Ríos González, *Manual de Orientación y Terapia Familiar,* Fundación Instituto de Ciencias del Hombre, Madrid 1994, p. 215.

co y emocional, despersonalización del otro o ver al otro como una carga, sentimientos de culpa por lo que le ocurre, y falta de sentimientos de autorrealización.

Los cambios de tanta envergadura como el que ha sufrido el rol social y familiar de la mujer (y en consecuencia del hombre) en el pasado siglo XX no se pueden producir a gran velocidad, y probablemente tenga que ser en este principio de siglo cuando podamos ir dando forma a esta evolución. Para ello será necesario estar abiertos a investigaciones y actitudes críticas que promuevan mejoras sociales y laborales para compaginar auténticamente la realidad familiar y profesional de hombre y mujer. Entre los cambios sociales necesarios, considero ineludible ampliar la baja por maternidad hasta llegar a un tiempo de un año, dado que todos los estudios de psicología evolutiva señalan el correcto establecimiento del vínculo de apego madre-hijo como uno de los principales factores de constitución de la personalidad y la identidad, y para ello es crucial que la madre se encuentre disponible para el contacto (físico y emocional) con su hijo.

Otra posibilidad es que vivamos el trabajo como una auténtica rémora, una carga que no queda más remedio que aceptar, y que nos impide ser buenas madres. Sin embargo, es muy valioso para una familia poder transmitir a los hijos el sentido y el valor del trabajo de la mujer en cuanto servicio a la sociedad y en cuanto oportunidad de compartir las propias cualidades y valores con otros que los necesitan. En este sentido, el trabajo dignifica, es un privilegio; un modelo de madre satisfecha con su función social es un modelo ideal para las futuras mujeres, y es fundamental que las nuevas generaciones se empapen del nuevo modelo positivo que ahora está en creación.

El deseo de tener una identidad social

A pesar de todo lo que venimos diciendo sobre el desprestigio de la maternidad, en otros ambientes más tradicionales la medida de la valía de la mujer sigue estando relacionada con el hecho de ser madre[5] y de estar absolutamente entregada al cuidado de los otros, incluso a costa de los propios derechos. Esto sucede en algunas familias en las que no se respeta el tiempo o los derechos de la hija soltera o sin hijos, que se

5. Al nacer mi tercera hija, el pediatra que vino a reconocerla a la habitación del hospital me preguntó si era el primer parto. Cuando le dije que era la tercera, exclamó: «¡Qué buena mujer!».

tiene que convertir, para ser aceptada, en el chófer o el todo terreno disponible para todos. Esto también sucede todavía en algunos ámbitos eclesiales, donde tradicionalmente el modelo de mujer ha sido el maternal, sin contemplar otro lugar o función para ella en la sociedad o en la iglesia.

Todo ello puede generar ansiedad por ser madre, por tener ya un hijo o más, si en la familia de origen se considera importante ser madre de varios. La mujer puede quedar encerrada en una espiral en la que su propia identidad queda condicionada a su capacidad reproductora. En estos casos, la relación madre-hijo puede resentirse mucho, por una parte, porque los hijos quedan destinados a satisfacer las necesidades narcisistas de la madre[6]; por otra, porque la crianza de un hijo puede teñirse de ansiedad ambivalente de la madre por tener otro hijo pronto, sintiéndose así más aceptada en su entorno social, y la inquietud de ser muchos y poder dar a cada uno lo que necesita.

Estas situaciones también son difíciles de abordar, ya que suelen ser inconscientes a los ojos de la propia mujer que lo vive, y el entorno no favorece precisamente el hacerle caer en la cuenta y poder salir de ellas. Más tarde, al hablar de la autoestima en la madre, veremos algunas actitudes personales que pueden facilitar el no quedar atrapada en ello.

La identificación fusionada[7] con la propia madre

Un caso particular del punto anterior, que merece atención por sí mismo, es el de la madre que se identifica tanto con su propia madre que se siente ella misma en tanto en cuanto vive la maternidad que vivió su madre. Son casos menos frecuentes, pero que generan un gran sufrimiento. Cuando una persona se identifica con otra de este modo, difícilmente puede vivir las experiencias como propias; y cuando se ve separada de esta persona, se siente como si le faltara algo de sí misma. Habitualmente, la hija se identifica con su madre, siguiendo el proceso normativo[8], pero pueden ocurrir circunstancias que favorezcan una identificación excesiva, es decir, la hija pasa a sentirse como su propia madre (puede suceder en circunstancias de relaciones maritales exce-

6. H. BLEICHMAR, *El narcisismo: estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente,* Nueva Visión, Buenos Aires 1983.
7. S. BANK y M. KAHN, *The Sibling Bond,* Basic Books, New York 1982.
8. L. GRINBERG y R. GRINBERG, *Identidad y cambio,* Paidós, Buenos Aires 1976.

sivamente pobres, muerte de la madre o del padre, acontecimientos traumáticos, enfermedades o familias muy desorganizadas y aglutinadas)[9]. En estos casos, la nueva madre vive su maternidad repitiendo patrones adquiridos en su infancia y sin dejar espacio a una nueva creación y una nueva realidad.

Estas circunstancias exigen normalmente un trabajo personal por parte de la madre, bien sea con ayuda profesional o con ayuda de personas del entorno capacitadas para ayudarla a caer en la cuenta de que tiene muchas más habilidades de las que ella considera, y que merece la pena ser una misma, aun a riesgo de equivocarse.

La generatividad del amor de dos en el tercero

Vivir el amor en pareja es un regalo precioso. Cuando llegamos a sentir que el mayor regalo que Dios me ha dado es mi marido (o mi mujer), uno se sabe inmensamente querido por Él. Y es entonces cuando «el amor se siente irremediablemente impulsado a darse en una nueva vida, a hacerle ser a la criatura que se amará. (...) A través de ellos (los padres) ha realizado Dios el don prodigioso de crear una nueva vida. Ha sido Él»[10]. El nacimiento de un hijo, cuando es fruto del amor consciente, genera sentimientos no descriptibles con palabras. Es en sí mismo alabanza, acción de gracias, esperanza.

El hijo es capaz de sacar de sus padres las mejores cualidades (y también los mayores defectos). La maternidad permite a la madre abrirse a su propia ternura, a su capacidad de paciencia, de entrega, de dar calor. «La madurez no se logra si no es en un contexto de cuidados maternos, que se expresan en el besar, acariciar, conectar físicamente. (...). El cerebro "no acariciado" no funciona. (...) El niño provoca en la madre la actitud de tutela, amparo, protección y ternura»[11]. El contacto con ese nuevo ser, «hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2,23), es capaz de hacer a la madre descubrir habilidades y capacidades hasta entonces desconocidas para ella y que, al tiempo que favorecen la madurez del hijo, también promueven en la madre una profunda huella de maduración personal. Por eso la madre puede sentir con inmensa felicidad que traer un hijo al mundo es una de las cosas más grandes que pueden ocurrirle.

9. S. MINUCHIN, *Familias y Terapia Familiar,* Paidós, Buenos Aires 1976.
10. M. ICETA, *La familia como vocación,* PPC, Madrid 1993, p. 41.
11. J.A. RÍOS GONZÁLEZ, *Manual de Orientación y Terapia Familiar,* Fundación Instituto de Ciencias del Hombre, Madrid 1994, p. 205.

4. El camino

Si tan maravillosa es la maternidad, uno puede preguntarse por qué se oye tanto hablar de sus inconvenientes. Ciertamente, la grandeza que se experimenta es mucha, pero, como todo lo grande, conlleva una tarea cotidiana, callada, constante, de enorme esfuerzo. Mi madre siempre ha comentado que «educar a los hijos es una filigrana», y cuando ha llegado mi momento, así lo he sentido.

Una de las primeras dificultades con que nos encontramos tiene que ver con la propia culpa de las madres. Las investigaciones señalan que las madres tienden a culpabilizarse más que los padres en relación con los problemas de los hijos[12]. Ante una dificultad de los hijos, las madres tienden a pensar: «¿Qué he hecho yo mal para que suceda esto?». Este sentimiento paraliza muchas veces el despliegue de las propias habilidades, cuando, por ejemplo, la madre no regaña a los hijos «porque llevo todo el día sin verlos, ¿y cómo voy ahora a enfadarme con ellos?». De modo que, además de compartir poco tiempo los hijos con su madre, pierden a una madre que podría ser eficaz, debido a su sentimiento de culpa.

En relación con la culpa hay otro aspecto que no quiero dejar de abordar: la culpa que con cierta frecuencia podemos generar los profesionales en nuestro ejercicio de la orientación o la terapia. Durante muchos años, la investigación ha puesto el énfasis en el impacto de la madre sobre los problemas de los hijos, o en la relación madre-hijo y en otras diversas problemáticas, mientras que la figura del padre ha sido mucho menos objeto de este tipo de estudios[13]. Esto ha producido un cuerpo de conocimiento en el que la madre es la principal responsable del bienestar o malestar de los hijos, quedando el padre en buena medida al margen de ello. Es de vital importancia para el desarrollo de los niños tener clara la jerarquía de responsabilidad, sabiendo que, aunque los hijos reaccionan a las características de los padres, también reaccionan y se ven influidos por muchas otras variables; los hijos no son sólo «lo que los padres han hecho con ellos», a veces incluso son «a pesar de lo que los padres han hecho con ellos». Por otra parte, los pa-

12. C. WEBSTER-STRATRON, «Mothers' and Fathers' Perceptions of Child Deviance: Roles of Parent and Child Behaviors and Parent Adujstment»: *Jorunal of Consulting and Clinical Psychology* 56/6 (1988), 909-915.
13. J.A. RÍOS GONZÁLEZ, «Paternidad desprestigiada y maternidad abandonada», en *La familia: realidad y mito,* Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid 1998.

dres reaccionan a las características de los hijos, si bien la mayor responsabilidad corresponde a los mayores, hasta que los pequeños se convierten en jóvenes y adultos. Pero, aun cuando las funciones de madre y de padre sean diferentes en el desarrollo infantil, el papel de actor principal es para ambos, y así debe ser entendido y abordado por los profesionales. Por último, en nuestro discurso orientador o terapéutico conviene considerar siempre los puntos fuertes de la persona, aquellos que la permitirán no sentirse acorralada ni incapaz de resolver la situación.

Por otra parte, considero que una sana autoestima ayuda en gran manera a ejercer la difícil tarea de ser madre. Siguiendo a Branden, «la autoestima es estar dispuestos a ser conscientes de que somos capaces de ser competentes para enfrentarnos a los desafíos básicos de la vida y de que somos merecedores de felicidad»[14]. Para este autor, las virtudes o prácticas esenciales de las que depende la buena autoestima son: vivir conscientemente, la autoaceptación, la autorresponsabilidad, la autoafirmación, vivir con determinación y la integridad personal. Quiero desviarme en alguna medida de la revisión que él hace sobre estas prácticas en relación con la autoestima de la mujer, para centrarme en la autoestima de la madre.

Vivir conscientemente

En mi día a día, a veces tengo la sensación de que «la vida me vive» y de que no soy yo quien vive la vida. Esto me sucede cuando me desborda el trabajo y no atiendo como yo quiero a mis hijos y a mi marido. Entonces tomo las decisiones casi sin tomarlas, pasando sobre ellas sin suficiente reflexión. El tiempo se me va rápido, y he saboreado muy poco lo que me acontece. Creo que para una madre es muy importante vivir conscientemente, porque esa consciencia es la que permite disfrutar de cada hijo, dar a cada uno de ellos lo que necesita, que es diferente de lo que requiere su hermano o su hermana en circunstancias parecidas, así como escucharles y regalarles nuestra vida.

Autoaceptación

Por «autoaceptación» entiende Branden experimentar la realidad de manera completa, sin negarla ni evitarla, comprendiendo nuestro potencial. Esto tiene dos vertientes: por una parte, la de aceptar nuestras

14. N. BRANDEN, *La autoestima de la mujer,* Paidós, Barcelona 1999, p. 17.

limitaciones («no puedo llegar a todo», «no puedo hacer las cosas igual que mi madre, o como decía mi abuela», «la meta que tengo necesita más tiempo», etc.). Las cosas pueden ser diferentes de como las habíamos soñado, y es importante no esconderse de ellas, mirando las dificultades y las crisis de frente.

Pero en la autoaceptación también se trata de reconocer las propias capacidades y ponerlas en juego en la familia. A veces hay madres que piensan que, si muestran sus capacidades, pueden hacer de menos al padre ante los hijos; o llevan años intentando poner soluciones conforme lo habrían hecho en su familia de origen u otras personas del entorno, sin caer en la cuenta de los propios recursos, que son diferentes y muy útiles para la situación que les preocupa.

Autorresponsabilidad

Ser madre supone tomar decisiones casi constantemente. Es un ejercicio fatigoso a veces y que, si la madre se pone a sí misma un listón alto, muchas veces hace dudar incluso acerca de la decisión tomada. Pero la autoestima es sólida cuando somos capaces de asumir esas decisiones y ser consecuentes con ellas.

Por otra parte, la autorresponsabilidad también implica evitar colocarse en la posición de víctima. «Una de las formas en que podemos evitar la autorresponsabilidad es asumiendo la responsabilidad que no nos corresponde, y ocultando bajo un manto de virtud esa actitud de eludirnos a nosotros mismos»[15]. Es el caso de aquellas madres que se consideran responsables de cuanto les acontece a sus hijos, de todo lo que dicen, de cómo se comportan, de si suspendieron o aprobaron, de si se lleva bien o mal con su padre... Estas madres se prestan a hacer de intermediarias, y cuanta más responsabilidad asumen ellas, tanto menos responsable va siendo el hijo. Es importante tomar conciencia de la propia responsabilidad y ayudar a que cada hijo sepa reconocer la suya y afrontarla.

Autoafirmación

Es éste un punto difícil en general para muchas madres, pues la mayoría de nosotros hemos vivido un modelo en el que la madre ha de darse al completo, olvidándose de sí misma, de sus necesidades, deseos, ideas... Ahora parece como si el decir «este tiempo es para mí» fuera

15. *Ibid.,* p. 43.

un acto de egoísmo enorme y, por supuesto, una conducta de «mala» madre. Sin embargo, no es así, y la madre ha de reconocer ante sí misma y ante los demás miembros de la familia que ella requiere también sus propios espacios y que desea cuidarlos y respetarlos, respetándose a sí misma. Una trampa en la que la madre puede caer fácilmente es la de creer que por ello la van a querer menos o, dicho de otro modo, que si pospone o incluso omite sus necesidades y deseos, la querrán más los hijos. Se puede y se debe contemplar esa parcela personal, cultivándola y sintiéndose bien por ello. Es bonito observar que los hijos también aprenden así a cuidarse más a sí mismos, y a entenderse mejor.

Vivir con determinación

Para ello se necesita un plan de actuación o marcarse unos objetivos personales, revisando de cuando en cuando que vamos por el camino adecuado para conseguirlos. También supone revisar las consecuencias de las propias acciones. Esta habilidad se relaciona con el vivir conscientemente y con la autorresponsabilidad. Marcar los objetivos ayuda a trazar el camino, aunque también conviene saber dejar un margen a la vida y, sobre todo, tener flexibilidad para lo que la vida pueda traernos de inesperado, de modo que podamos reaccionar sin perder ilusión.

Integridad personal

Los hijos aprenden fundamentalmente de nuestro ejemplo. La coherencia entre lo que les decimos y lo que hacemos es imprescindible, si deseamos que reciban un mensaje claro acerca de cómo pensamos que se debe ser persona en el mundo. Por eso nos ayudan tanto a sacar lo bueno de nuestro interior, porque tenemos que plantarnos delante de las actitudes y acciones que predicamos y ser conscientes de que nuestros actos van en la misma dirección. Esto constituye una gran oportunidad para el crecimiento personal.

5. El horizonte

Como ya señalábamos antes, la maternidad en la actualidad sigue en permanente cambio. Pero quizá es un juego de la luz en el horizonte: igual que a lo lejos nos parece todo azul, cuando miramos épocas pasadas nos parece que todo estaba bien claro; y, sin embargo, las madres

de antaño también construían nuevos modelos para ser más madres, para vivir en la sociedad de su tiempo preservando su bellísimo tesoro.

Considero que hay que dar un soplo de aire fresco a las jóvenes en su acercamiento al hecho de la maternidad. Se oye hablar con demasiada frecuencia de todas esas cargas y desventajas, que ciertamente están ahí. Pero pocas veces (quizá sus madres, en casa, en el día a día) tienen cerca testimonios o palabras de ilusión y alegría para vivir algo que es insustituible. Los profesionales, al tiempo que damos directrices para mejorar las cosas, hemos de cuidar todavía más la palabra de aliento y de apoyo. Ser madre es una tarea no siempre fácil, pero es una vivencia maravillosa que transforma por amor la propia identidad.

ST EDITORIAL
SAL TERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

Xabier Pikaza

Violencia y diálogo de religiones

Un proyecto de paz

Sal Terrae

Presencia teológica

NOVEDAD

XABIER PIKAZA
Violencia y diálogo de religiones.
Un proyecto de paz
200 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Tras estudiar la paz y la violencia como realidades específicas del hombre, Xabier Pikaza nos introduce en la relación de las religiones con la violencia y la búsqueda de la paz, porque, al parecer, llevan en su entraña un anhelo de reconciliación universal, aunque a veces han sido, y siguen siendo, portadoras de conflictos y discordias. Este libro recoge veinticinco años de reflexiones sobre el tema de las religiones y la guerra y ha sido redactado tras una de las reuniones preparatorias del *Parlamento de las religiones del mundo* (Barcelona 2004).

ST 92 (2004) 841-851

Ser madre en la Iglesia: ¿misión imposible?
Retos de la maternidad a la pastoral

Grupo «MARÍA»*

«Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas de Espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga»[1].

Las palabras proféticas del Concilio siguen siendo hoy una inyección de ánimo para todas las mujeres que intentamos hacer de la fe el corazón de nuestra vida.

No sería justo ni preciso afirmar que la maternidad no se tiene en cuenta hoy día. Aunque aún quede mucho por hacer, desde el ámbito político y social las Administraciones públicas idean estrategias con las que aumentar el presupuesto destinado a aliviar las cargas económicas de las familias: creación de guarderías, desgravaciones en la declaración de la renta por los hijos, paga mensual para trabajadoras dadas de alta en la Seguridad Social por cada hijo menor de tres años, etc.

---

* «MARÍA» = «Madres de la Red Ignaciana». «Grupo de trabajo y reflexión formado por catorce madres de familia provenientes de las distintas comunidades ignacianas de Madrid. Este proyecto nació a instancias del último provincial de Toledo, Alfredo Verdoy, SJ –a quien expresamos nuestro agradecimiento por su ánimo y apoyo–, con el objetivo de realizar una valoración acerca de cómo vivimos nuestra maternidad en la Iglesia desde la pastoral recibida. La intención que nos ha movido no ha sido quedarnos en la crítica, sino tratar de vislumbrar tareas pendientes y retos actuales y de futuro para transmitir mejor el evangelio a las nuevas generaciones. El diálogo tranquilo y sincero y la centralidad de la fe han sido los pilares determinantes para crear una comunicación profunda entre todas nosotras.

1. Mensaje del Concilio a las mujeres (8-12-1965): *Acta Apostolicae Sedis,* 58 (1966) 13-14.

Tampoco los medios de comunicación –con su fuerte poder de concienciación social– son ajenos a las denuncias por la desigualdad laboral que sufre la mayoría de las mujeres con respecto a los hombres. Sin embargo, algo falta.

Por un lado, la igualdad de la que se habla y que se propone no tiene suficientemente en cuenta las diferencias entre hombres y mujeres, ni de las mujeres entre sí. Por otro, la maternidad puede «venderse» como realidad atrayente siempre y cuando se presente como un complemento de la vida que no exige renuncias ni físicas (porque se puede recuperar la figura en cuestión de semanas) ni laborales (porque en esta vida todo es compatible). La maternidad por sí misma no es el reclamo, sino la posibilidad de compaginarla con el resto de las actividades y la promesa de que no va a cambiarte.

Madres *todo-terreno*

Para ser considerada una mujer *diez* o poder aspirar al título de *mujer del año* hay que rendir al máximo nivel. La mujer «perfecta», según los criterios de la modernidad, debe ser profesional, estar liberada de las tareas domésticas, pero al mismo tiempo vivir pendiente de sus hijos; lucir una «buena percha» (a ser posible con apariencia «fresca y juvenil», porque *no pesan los años...*); ser, más que esposa, amante del marido; tener capacidad de decisión... y un sinfín de cualidades, todas ellas bajo el marco de la resolución y la independencia. No se admite como válida la necesidad de renunciar a alguna de las facetas que formaban parte de la vida antes de concebir y dar a luz.

Los problemas llegan pronto. Lo peor: que la mujer, cuando tiene un hijo y experimenta sus limitaciones, no sólo ve mermadas sus posibilidades de actuación, sino que además –y sobre todo– tiene que enfrentarse al «mundo exterior». *Con la formación que tú tienes, no te quedarás en casa ¿verdad?¡Sería un desperdicio!* O bien, si tienes hijos varones, el comentario será: *Ahora tendrás que ir a por la niña...;* y si tienes dos: *¿No te animas a tener otro?...;* pero, si ya son tres: *No se te ocurrirá tener más hijos, tal como está la vida...* En cambio, si te ven estresada o simplemente cansada: *¿Por qué no te quedas en casa tranquilamente, como una reina, tú que puedes?*

Lo curioso de esta situación, en la que nunca contentamos a todos, es que también nos toca lidiar con preguntas y comentarios de este estilo en los ámbitos intraeclesiales. No se puede negar que el Magisterio

en los últimos años está dando pasos al hacer afirmaciones importantes con respecto al papel fundamental que las mujeres ocupan en el mundo y en la Iglesia[2]. Y la presencia y el recuerdo de María, a que tanto nos anima Juan Pablo II, adquiere una relevancia especial para nosotras, ya que, por ser la madre de nuestro Señor, «la mujer se encuentra en el corazón mismo del acontecimiento salvífico»[3]. Sin embargo, de la teoría a la realidad cotidiana hay un largo camino por recorrer. Primero, porque cualquier discurso hay que saberlo leer e interpretar a la luz del conjunto de los documentos, discursos y acciones concretas del autor o del entorno cultural y social; segundo, porque es necesario, siempre que se hable de un tema, dar la palabra y escuchar a los interesados, en este caso las madres de familia; tercero y último, porque suele ser más fácil hablar que actuar (y en temas espirituales aún más).

Solas ante el peligro

Una de las primeras experiencias que compartimos espontáneamente las integrantes del Grupo fue la fuerte soledad en nuestra vivencia de la maternidad, no tanto en relación con nuestros maridos, sino en el conjunto de la sociedad, y también, como ya hemos indicado anteriormente, en el seno de la Iglesia. Esta constatación nos resultaba particularmente dolorosa y reveladora.

No ha sido nunca nuestra pretensión el erigirnos en portavoces de las madres del mundo. Ya desde el principio fuimos muy conscientes de las características y situaciones familiares similares que teníamos en común: cultura occidental, vida urbana, formación universitaria, marco de edad (entre treinta y cuarenta años), espiritualidad ignaciana, etc. Pero sí considerábamos nuestros encuentros como una oportunidad para reflexionar sobre nuestra vocación y con un valor suficiente como para sacar nuestra experiencia a la luz pública. Además, no reflejábamos en nuestras palabras únicamente vivencias personales sino

2. Ver: PABLO VI, Discurso a las participantes en el Convenio Nacional del Centro Italiano Femenino (6-12-1976): *Insegnamenti di Paolo VI,* XIV (1976) 1.017. El Papa actual subraya, entre las tareas propias y específicas de la mujer, «la responsabilidad de dar plena dignidad a la vida matrimonial y a la maternidad» y «asegurar la dimensión moral de la cultura, esto es, de una cultura digna del hombre»: JUAN PABLO II, *Christifideles laici,* 51 (1988).
3. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem,* 3 (1988).

también las de otras mujeres que compartieron sus dudas, inquietudes e historias con cada una de nosotras.

En los últimos años, la Jerarquía está llamando constantemente la atención sobre la amenaza que la institución familiar está sufriendo en la actualidad, y no cesa de alzar la voz para dejar claro que «entre los numerosos caminos, la familia es el primero y más importante. Es un camino común, aunque particular, único e irrepetible, como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano»[4]; por eso «la Iglesia considera el servicio a la familia como una de sus tareas esenciales»[5]. Sin embargo, el problema es cómo traducir en la vida cotidiana estas ideas, tan necesarias como generales e importantes. Nos parece que queda mucho camino, y que estas declaraciones de principios se están concretando y centrando, en la práctica, en dos o tres temas, ciertamente de rabiosa actualidad (planificación familiar, aborto, bioética...), pero no suficientes para explicar, afrontar y acompañar la riqueza y complejidad del matrimonio y, en nuestro caso, de la maternidad[6].

Esta soledad «común» experimentada por todas nosotras comienza desde el momento mismo en que se inicia el tiempo del embarazo. Es tarea ardua convencer a párrocos y pastoralistas de que, en primer lugar, no todas las embarazadas y madres somos iguales (algunas pueden mantener el ritmo laboral sin problemas, y otras no) y, en segundo lugar, de que, en el caso de tener que «frenar la marcha», no se está perdiendo un «efectivo» en la evangelización, pues el hecho de ser portadoras de una vida nueva tiene un valor, distinto del de cualquier otra misión, pero igualmente imprescindible e incalculable. Estas primeras incomprensiones, fruto de una mentalidad activista –rasgo especialmente

4. Juan Pablo ii, *Carta a las familias,* 2 (1994).
5. Así arranca el *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España,* Conferencia Episcopal Española (2003). Nos cabe la duda de si esta defensa de la familia y su carácter primigenio en la vida eclesial se haría de igual modo en el caso de que la institución familiar no estuviera tan amenazada y ello no repercutiera tan decisivamente en el descenso de las vocaciones al sacerdocio y a la Vida Consagrada.
6. El *Directorio de la Pastoral Familiar...* presenta distintos servicios de pastoral matrimonial y familiar en los que se da especial relevancia y preferencia al binomio familia/vida: Centros de orientación familiar y Consultorios familiares; Centros de métodos naturales de conocimiento de la fertilidad; Centros de acogida y defensa de la vida; Centros de estudios sobre el matrimonio y la familia y bioética; Formación dirigida al conjunto de la familia; y Servicios de la Cee, (nn. 275-287).

extendido en el mundo parroquial–, no son fáciles de encajar, porque nos hacen tener la sensación de que nuestro cristianismo ha entrado en estado de cuarentena, como en un *impasse,* hasta que no nos incorporamos de nuevo a «pleno rendimiento» en su organigrama eclesial.

A todo ello hay que sumar el talante particular del párroco o presbítero que a cada una le toque en suerte. Cuesta asumir que una experiencia tan central como dar a luz y contribuir al crecimiento de un ser humano no esté integrada en la forma de presentar y transmitir nuestra fe, siendo, como es, imprescindible para asomarse, por ejemplo, al misterio de la Encarnación. La vida parroquial sigue dependiendo demasiado del carácter de los presbíteros encargados de ella, que a veces la sienten como un feudo en propiedad y no siempre poseen la sensibilidad necesaria para dar voz y voto a quienes han vivido en primera persona algo semejante a lo que vivió nuestra madre, María. Puede que de nuestra boca salieran palabras menos idealistas, pero sin duda reflejarían mejor la realidad.

Uno de los mensajes más recurrentes del Magisterio a las familias es el de «crecer y multiplicarse» (Gn 1,28), ya que «por su misma naturaleza la institución del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y educación de la prole»[7]. Lo que resulta más dificultoso de esta afirmación no es, como piensan muchos, «tener los hijos que Dios quiera» (algo, por otra parte, sumamente delicado y siempre sujeto a un «discernimiento a dos»: el esposo y la esposa), sino el que, después de animar a las parejas a tener numerosa descendencia, te encuentres sola para sacarla adelante. El acompañamiento eclesial no puede quedar reducido a la labor de las catequesis para los niños, ni a la creación de guarderías para poder asistir a las misas con más libertad; se requiere una receptividad y una escucha nuevas para acercarse y hacer presente en el camino de la fe a las madres. Su ausencia de «la movida» por motivos de «fuerza mayor» no equivale a distancia. Los actos tienen poca trascendencia si no se da un giro a la actitud. Es difícil para quien no esté dispuesto a cambiar la mirada, los oídos, las palabras (homilías incluidas), el trato y el corazón.

Todo ello se agrava cuando a través de los discursos eclesiales –de distinto signo y de ámbitos variados– se nos transmite, consciente o inconscientemente, una imagen o un modelo a seguir de lo que se considera la «madre perfecta».

7. *Gaudium et Spes,* 48.

Fuentes de inspiración

Una generación como la nuestra –mujeres nacidas a mediados de los 60 y principios de los 70– ha quedado profundamente marcada por la recepción de dos modos de entender la maternidad aparentemente opuestos y contradictorios.

Si bien el despertar del feminismo comenzó a finales del siglo XIX, es realmente en la década de los 60 cuando se produce el *boom* del movimiento de liberación de la mujer, más allá de la mera participación en las elecciones políticas (en España las mujeres votaron por primera vez en 1931, en tiempos de la Segunda República). La sexualidad se convirtió en el icono que mejor condensaba la situación de sometimiento que la mujer había sufrido a lo largo de los siglos[8]. Sin ánimo de ponernos reivindicativas, es muy importante tener presente estos acontecimientos todavía recientes para comprender algunas de las dificultades a las que nos enfrentamos hoy.

Nuestro nacimiento en plena «revolución sexual» ha determinado enormemente la formación recibida. Al mismo tiempo que escuchábamos en boca de nuestras abuelas y, en algunos casos, también de las propias madres, expresiones del tipo *Tú, a todo lo que el marido te pida di que sí;* o *Aguanta, hija, aguanta;* y, por supuesto, *¡Ni se te ocurra gritar en el parto!* (era fundamental mantener el tipo de *sufridoras silenciosas*), también nos llegaban, por parte de esas mismas madres y de los medios de comunicación más sensibles a los cambios que se estaban produciendo, criterios de actuación tales como *¡Ni se te ocurra quedarte en casa!; lo importante es que trabajes y no dependas del marido,* y continuas llamadas de atención al cuidado físico para estar siempre *presentables* y *«divinas».*

Lo que sucedió en aquellos años es lo bastante complejo como para no quedarnos satisfechas con una lectura exclusivamente negativa, tal como hace el Magisterio[9]. Ciertamente las conclusiones que entresacan son verdaderas, pero ni son las únicas ni resultan suficientes. Si

8. Ver: M. MAFFI, *La cultura underground,* 2 vols., Barcelona 1975. L. OTERO CARVAJAL, «Verdes y Alternativos»: *Cuadernos del Mundo Actual, Historia 16* 75, Madrid 1995.
9. De hecho, el *Directorio de la Pastoral Familiar...* señala la «revolución sexual» como una de las causas que han influido más negativamente en la situación actual, en la que «el tiempo ha demostrado lo limitado de sus predicciones, pero, sobre todo, nos ha dejado un testimonio indudable de lo pernicioso de sus efectos» (nn. 10-19).

se produjo una «revolución» que logró empapar mayoritariamente el tejido social, fue porque la situación de la mujer estaba pidiendo a gritos un cambio que no terminaba de llegar, y la Iglesia no acababa de ofrecer modelos lo suficientemente atractivos y renovadores –que no siempre tienen el hedonismo como causa y explicación– como para provocar una evolución significativa[10].

¿Cómo conciliar la propuesta de toda una tradición que describía la maternidad como lugar de sumisión, de entrega continua y de ausencia de espacios en los que la mujer pensara en sí misma, con una nueva visión que resaltaba la apertura a otros mundos más allá del cuidado de los hijos, que alimentaba los deseos de formación y preparación para el futuro, y que no veía como negativo que la mujer mirara un poco por sí misma (también en el ámbito sexual)?

Retos del pasado y de futuro

Dadas las circunstancias, no es extraño que el primer gran reto al que tuvimos que enfrentarnos fuese el de la reconciliación en muchos niveles: primero, asumir nuestra vocación a la maternidad como central y, por lo tanto, condicionante de nuestras elecciones posteriores; segundo, había que pasar por la aceptación de nuestros límites y la incapacidad de llegar a todo para ser consideradas *«chicas-in»;* tercero, la asunción de nuevos roles dentro de la pareja, con el nacimiento de los hijos: el marido se hace padre, y la mujer madre; cuarto, aprender a ser comprensivas con la incapacidad de los representantes de la Iglesia pa-

10. Ha sido un auténtico reto para las generaciones de madres anteriores a la nuestra tratar de contextualizar las palabras de rechazo hacia la emancipación de la mujer que Pío XI dejó escritas en la encíclica *Casti connubii,* de 1930: «Consolidada la sociedad doméstica con el vínculo del amor, es necesario que florezca en ella lo que san Agustín llamó la *jerarquía del Amor.* Jerarquía que comprende tanto la primacía del varón sobre la esposa y los hijos cuanto la diligente sujeción y obediencia de la mujer»; «cuantos de palabra o por escrito empañan el brillo de la fidelidad y de la castidad conyugal, esos mismos maestros de errores tiran también fácilmente por tierra la fiel y honesta sumisión de la mujer al marido»; estos mismos distinguen una emancipación social según la cual «tratan de apartar de la mujer los cuidados domésticos, tanto de los hijos cuanto de la familia, a fin de que, abandonados aquéllos, pueda entregarse a sus aficiones y dedicarse a asuntos y negocios incluso públicos» (nn. 26.75). Hay que tener en cuenta que nuestras madres nacieron en torno a los años 40 y, por tanto, recibieron este tipo de mensajes como nosotras hemos recibido el Concilio Vaticano II.

ra acompañarnos en nuestras inquietudes y perplejidades cotidianas; y, por último, dialogar con las herencias del pasado para, por un lado, tratar de integrarlas en el conjunto de nuestra vida y, por otro, intentar actualizarlas para afrontar los nuevos desafíos que la sociedad posmoderna nos iba poniendo delante. Ardua tarea que exigía, y sigue exigiendo, buenas dosis de paciencia, renuncia y escucha profunda.

Una realidad se nos hizo especialmente evidente en nuestros encuentros: que éramos nosotras mismas las primeras que teníamos que creer «a fondo perdido» en el valor de nuestra maternidad para la fe (la nuestra y la del conjunto de la Iglesia). «Dios manifiesta también de la forma más elemental posible la dignidad de la mujer asumiendo Él mismo la carne humana de María Virgen, a quien la Iglesia honra como madre de Dios»[11]. Es el Señor quien nos ha querido primero. No hay ninguna pastoral, ni sociedad, ni mentalidad alguna, que nos pueda arrebatar el valor que Dios da a la maternidad.

¿Cómo transmitir esta vivencia tan esencial?; ¿cómo comunicar lo que significa y lo que contribuye a enriquecer la fe?; ¿qué compromisos se derivan de ello?; ¿cuáles serían las urgencias pastorales para injertar esta realidad?; ¿cómo fomentar el diálogo y el encuentro intraeclesial? Sólo unas sugerencias nacidas de nuestra experiencia e historia:

– Debemos contribuir activamente a *hacer crecer en los padres la conciencia de su responsabilidad en la transmisión de la fe a los hijos.* Nadie puede sustituirnos en esta labor. Ni los presbíteros ni los colegios –por muy religiosos que sean– ni las catequesis parroquiales. Es nuestro ministerio; una llamada a la evangelización equiparable en grandeza al ministerio de los presbíteros[12]. No podemos delegar en otros esta misión, porque es personal e intransferible y se adquiere desde el momento en que se engendra un nuevo ser.

– De la misma manera, *los presbíteros deberían hacer un esfuerzo* en una doble dirección: en primer lugar, «saliendo de las sacristías» y *acercándose a los hogares,* ya que para gobernar y guiar[13] una co-

11. Juan Pablo ii, *Familiaris consortio,* 22 (1981).
12. *Ibid.,* 38.
13. «[Los presbíteros] santifican y gobiernan, bajo la autoridad del obispo, la porción del rebaño del Señor que les fue asignada. Hacen visible en su lugar a la Iglesia universal y prestan una gran ayuda a la construcción de todo el Cuerpo de Cristo» (*Lumen Gentium,* 28). Evidentemente, para hacer realmente presente a la Iglesia universal y poder prestar ayuda a la construcción del Cuerpo de

munidad formada en su mayoría por familias es imprescindible conocer sus entrañas; tan importante es hacer de la parroquia un lugar de acercamiento y aproximación de los fieles, como que el presbítero salga al encuentro de ellos; en segundo lugar, *renovando un lenguaje* todavía hoy demasiado lejano y ajeno a las preocupaciones de las familias. La dificultad de transmitir emoción por la fe se deja sentir no sólo en las homilías o en los documentos magisteriales, sino también en las celebraciones sacramentales en su conjunto. La comunicación es un arte que tiene su técnica y se cultiva en el corazón. Las familias, por ejemplo, debemos ejercitarla todos los días si queremos crear momentos de diálogo común que permitan participar a los distintos miembros: abuelos, hijos de edades dispares, el padre y la madre, con sus diferentes puntos de vista y sensibilidades... De un modo similar, el presbítero debe aprender a celebrar para todos, y no sólo para un grupo más afín a su sentir, o para determinadas edades. La eucaristía dominical debería ser especialmente un auténtico encuentro de la Iglesia universal.

– Asimismo, es también importante *que las familias seamos acogedoras con nuestros presbíteros,* animándoles constantemente en su vocación y abriéndoles las puertas de nuestras casas. Al igual que nos gustaría que se valorara más nuestra maternidad en su sentido más profundo, también consideramos fundamental el reconocer y apreciar como un tesoro el ministerio de los obispos y presbíteros.

– La designación de la familia cristiana como *«Iglesia doméstica»*[14] conlleva consecuencias de gran trascendencia todavía por descubrir. Estar adscrito a grupos o movimientos no es el único modo de vivir la pertenencia a la Iglesia. El carácter fraternal y «casero» de la comunidad eclesial quedaría especialmente reflejado en la vida familiar. Desde esta perspectiva, la eucaristía vivida en el entorno del hogar adquiere una relevancia digna de mención. No se puede negar el riesgo de individualismo y de «gueto» que tienen celebraciones en casas particulares, pero tampoco su carácter personalizador y cercano. La mayoría de las Congregaciones Religiosas e Institutos Seculares gozan del privilegio de contar con presbíteros

---

Cristo en toda su diversidad y riqueza, es imprescindible impregnarse de humanidad y de la existencia cotidiana de la gente. En definitiva, hay que empaparse de realidad. ¿Cómo representar, si no, lo que no se conoce?

14. *Lumen Gentium,* 11.

dedicados en gran medida a suministrar los sacramentos en sus comunidades, conscientes de su centralidad para la potenciación de la vida fraterna y de los carismas tanto de cada miembro como de la Institución.

– Exprimir la riqueza de significado de la «Iglesia doméstica» no iría en contra de la vivencia de la Iglesia universal. La dimensión universal la hemos experimentado como fundamental para la fe y de gran ayuda para *abrir las compuertas de nuestros hogares, establecer lazos más allá de la sangre y llevar el evangelio por todo el mundo.* Sería contrario al evangelio de Jesús encerrarnos «bajo llave» en nuestras habitaciones y problemas particulares.

– Habría que pedir a la teología que hiciera un esfuerzo por ocuparse de la realidad concreta de las familias. Es sorprendente «el vacío de ideas y descripciones que se han dedicado a la naturaleza propiamente cristiana, y no meramente natural y educativa, de la comunidad familiar»[15]. No se puede eludir por más tiempo la elaboración de una *teología de la vida cotidiana de los cristianos laicos.*

– Se requiere *una revisión de la presentación de las imágenes que tradicionalmente la Iglesia ha empleado para hablar del matrimonio.* Primero, porque se pueden encontrar nuevos símbolos rastreando la vida; segundo, porque nos resulta chocante, por ejemplo, la constante utilización de la imagen de Cristo-Esposo para quienes viven en Congregaciones Religiosas, ya que para nosotras la relación con el marido está teñida de un fuerte carácter exclusivo y excluyente, justo lo contrario de lo que ocurre con el Señor. Él se ha entregado totalmente por todos los hombres y, además, está dispuesto a darse en intimidad a quien quiera recibirlo.

– La reflexión sobre la maternidad desde la fe cristiana no debe quedar reducida a los temas del binomio familia/vida. La invitación de Jesús en el evangelio es a un *seguimiento radical,* también para nosotras, bajo la inspiración del espíritu de las bienaventuranzas. En la llamada que el Señor nos hace, es crucial el deseo de empapar nuestros hogares de pobreza, humildad, pasión por la justicia, entrega sin límites, sencillez extrema y confianza «ciega» en Él. La familia de Nazaret (que culminó su amor y su descentramiento en

15. Miguel García-Baró, «La Familia. El núcleo esencial de nuestra fe»: *Reinado Social* 800 (mayo 1998).

la muerte en cruz de Jesús en Jerusalén) es el mayor tesoro que podemos dejar en herencia a nuestros hijos.

– Para que la centralidad de Dios cobre realidad en las casas, pensamos que es prioritaria la *oración familiar* y la *vivencia de los tiempos litúrgicos.* Es esencial dedicar espacios y lugares específicos en los que el Señor sea el protagonista indiscutible. Notamos la carencia, sin embargo, de una formación y unos materiales didácticos adecuados para actualizar y hacer más pedagógico el proceso de iniciación y maduración en la fe de nuestros hijos.

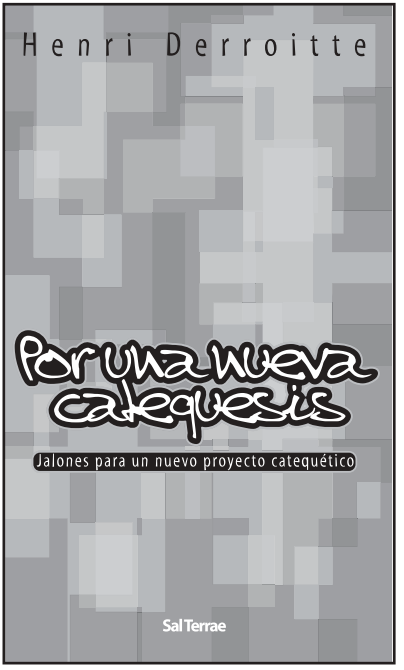
– *Echamos en falta la visión de la mujer* en algunos temas clásicos del matrimonio, como la sexualidad y la procreación. Por ejemplo, en el caso de la planificación familiar, es necesario escuchar la voz de quienes se ven directamente afectadas, pues la mayoría de los métodos que el Magisterio propone como válidos incumben directamente a las mujeres[16]. Consideramos fundamental tener en cuenta las aportaciones de quienes viven directamente los problemas.

Contar con las madres en la vida de la Iglesia significa abrir las mentes a la presencia de Dios en lo más sencillo y natural de la vida. Y una denuncia constante de que esto de ser cristianos no es un añadido ni una carga que se suma a las obligaciones diarias, sino humanidad en estado puro y una contribución inestimable a la labor creadora de nuestro Dios. Ser madres «con los pies en el evangelio» es, sin lugar a dudas, uno de los regalos que hemos recibido –y que la Iglesia recibe– del Señor.

16. ¿Dónde quedaría, si no, el «sentido de la fe» de todo el Pueblo de Dios? Si no se establecen cauces por los que nos podamos expresar, ¿cómo medir y tener en cuenta nuestra experiencia «en cuestiones de fe y de moral»? Ciertamente, el *sensus fidei* es uno de los conceptos todavía pendientes de desarrollo y profundización en la teología dogmática actual (cf. *Lumen Gentium,* 12). «Según lo dicho por Pío XII, se da y se debe dar aun en la Iglesia algo parecido a la opinión pública, sin la que sufriría detrimento la Iglesia tanto en sus pastores como en el rebaño, y que naturalmente los seglares son y deben ser en gran medida los sujetos activos de esa opinión pública en la Iglesia»: K. RAHNER, *Escritos de Teología* VII, Madrid 1969, p. 371.

ST EDITORIAL
SAL TERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

HENRI DERROITTE
Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético
144 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,50 €

Para afrontar debidamente en este nuevo siglo el desafío de una reconsideración en profundidad del proceso de iniciación al cristianismo, Henri Derroitte propone y fundamenta algunas prioridades a la hora de construir un nuevo proyecto catequético parroquial y diocesano. Con este fin, hace un balance de las investigaciones catequéticas desde el concilio Vaticano II, propone una lectura matizada del *Directorio General para la Catequesis* y considera los desafíos en la catequesis parroquial, familiar, y la llamada catequesis «interna» y «externa».

ST 92 (2004) 853-858

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

La libertad cultural en el mundo diverso de hoy.

Informe sobre el Desarrollo Humano - 2004

Patxi ÁLVAREZ, SJ*

Durante décadas hemos creído saber qué significaba estar desarrollados. Desarrollados eran los países del primer mundo, es decir, fundamentalmente las naciones europeas y los Estados Unidos, aquellos que han dejado atrás modos de vida tradicionales, disponen de una elevada renta *per cápita,* se rigen por sistemas legales modernos y ofrecen cobertura social a sus ciudadanos en materia de sanidad, educación, infraestructuras... A los demás nos tocaba imitarlos para poder alcanzarlos cuanto antes, de modo especial en materia económica, de la cual se derivaría todo posible avance social. De una forma muy reductiva, durante años el único indicador del desarrollo ha sido precisamente la renta *per cápita.*

Desde la década de los noventa, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) viene ofreciendo un «ranking» de países ordenados según un Índice de Desarrollo ideado por el propio Programa y que da mucha mejor cuenta de los componentes reales del desarrollo que la mera renta personal en cada país. Un índice que incluye riqueza, sí, pero también vida larga y sana, así como educación. Aún falta por integrar en el índice otros aspectos que pertenecen al concepto de desarrollo propugnado por el propio Programa, tales como nivel de vida digno, exclusión social, participación política o económica y

* De la Fundación «Alboan». Bilbao.

poder de decisión, control sobre los recursos económicos... A pesar de estos límites, en pocos años este organismo dependiente de las Naciones Unidas se ha ganado una enorme credibilidad y prestigio por las fuentes que utiliza (procedentes de los propios Estados y, por tal motivo, imposibles de poner en cuestión por ellos mismos), por el rigor con que realiza sus propios cálculos y, sobre todo, por las reflexiones que ofrece en torno a cuestiones de desarrollo.

Uno de los autores clave sobre los que se cimenta el posicionamiento del PNUD es Amartya Sen, economista indio que ha sabido desplazar el sesgo economicista del desarrollo hacia la centralidad de la persona. No cifra el desarrollo en el mero éxito económico, sino en la ampliación de las opciones de la gente: el desarrollo permite a las personas elegir el tipo de vida que desean llevar, brindándoles tanto las herramientas como las oportunidades para que puedan llevar adelante sus decisiones. El dinero, obviamente, proporciona oportunidades, pero también una buena distribución de la riqueza, y democracia, y salud, y esperanza de vida, y educación, y... Un enfoque que ha resultado enormemente novedoso y que explica sin duda mucho mejor lo que significa el desarrollo.

Los Informes Anuales del PNUD suelen generar bastante expectación y arrojan luz sobre aspectos relevantes del desarrollo. El del presente año 2004 está dedicado a la *Libertad cultural en el mundo diverso de hoy.* Consecuente con la idea de desarrollo concebida por el propio organismo, considera que la libertad cultural es una parte importante de aquél, puesto que para poder vivir en plenitud es necesario elegir la propia identidad cultural. Este concepto de «libertad para elegir la propia identidad» le lleva al rechazo del conservacionismo cultural, que propugna la defensa rígida de las culturas en su estado actual. A su entender las culturas sólo tienen derechos si los individuos los desean. Es en la elección de éstos donde la protección de aquéllas encuentra legitimidad. Por otro lado, no puede intentarse preservar una supuesta esencia de cada cultura, pues son construcción colectiva, dinámica, en continuo proceso de transformación.

En el mundo actual existen más de 5.000 grupos étnicos y tan sólo unos 200 países. En más de dos tercios de los Estados existe alguna minoría étnica cuya proporción en el conjunto de la ciudadanía representa más del 10% de la población. La diversidad cultural, por tanto,

es un hecho de nuestro planeta firmemente anclado en la pluralidad cultural de la gran mayoría de los países. Como dirá el propio Informe, «la diversidad cultural ha venido para quedarse».

Frente a este hecho, *las doctrinas liberales clásicas* sobre las que se asientan los Estados modernos presentan serias deficiencias. De una parte, porque entienden que el modo de mantener la solidaridad interna de un Estado sólo puede ser vehiculado por medio de un «vínculo nacional» y, de otra, porque sostienen que las distinciones de grupos contradicen los principios de la igualdad individual. Este modo de comprender la integración de los Estados les ha movido a promover una hegemonía cultural interna de símbolos, relatos de la historia, una misma lengua... por medio de políticas educativas y de organización de la burocracia estatal. Un modo de articulación que, en nombre de la cohesión social, sitúa en inferioridad de condiciones a los ciudadanos que no pertenecen a la cultura «nacional» –no podrán fácilmente acceder a puestos en la administración; encontrarán más dificultades para la defensa pública de sus propios intereses, al expresarse en una lengua que no es la ;suya y sus hijos hallarán impedimentos importantes en el período de escolarización– y que limita sin duda la libertad cultural de las personas.

Este modo de comprender la articulación del Estado-nación está tan arraigado que ha dado lugar a *cinco mitos* férreamente defendidos y cuya falsedad es desmontada por el propio Informe: 1) las identidades étnicas de una persona compiten con su compromiso con el Estado –en realidad las personas tienen, de hecho, múltiples identidades complementarias que generan diferentes esferas de compromisos–; 2) los grupos étnicos tienden a entrar en conflictos violentos entre sí por choques de valores –estos conflictos son más bien provocados por la marginación política o económica, actuando secundariamente la identidad como factor de movilización–; 3) puede haber una disyuntiva entre reconocer la diversidad cultural y la prioridad del desarrollo, la democracia y los derechos humanos –ésta no es una disyuntiva ineludible, sino que puede abordarse de modo adecuado, según los casos–; 4) los países étnicamente diversos son menos capaces de desarrollarse –Malasia, Australia, Canadá, Mauricio... son países que muestran precisamente lo contrario–; y 5) algunas culturas, fundamentalmente occidentales, tienen valores democráticos inherentes, mientras que otras no –algo que sólo puede demostrarse acudiendo a la historia, que precisamente nos sugiere lo contrario.

Así que, frente a las políticas clásicas de asimilación o segregación que han preconizado muchos de los Estados llamados modernos, el Informe señala la urgente necesidad de construir *democracias multiculturales* por medio de la acción política. En primer lugar, políticas que aseguren la participación política de grupos culturales diversos. Propone dos modelos: uno, el federalismo asimétrico, cuando las minorías están mayoritariamente asentadas en un determinado territorio; y otro, la organización de mancomunidades, cuando los grupos culturalmente diversos están esparcidos por el territorio nacional. En segundo lugar, las políticas sobre religión y prácticas religiosas, de modo que se pueda proteger la elección individual. Si bien los principios seculares son los que mejor abordan estas cuestiones, no hay un modelo único que se adapte bien a todas las circunstancias. En tercer lugar, políticas referentes al derecho consuetudinario y al pluralismo jurídico. En cuarto lugar, políticas nacionales sobre el uso de múltiples lenguas, una medida particularmente importante en el sistema educativo, pues permite una mejor escolarización de las minorías, que de otro modo ven perpetuada su exclusión. Por último, políticas destinadas a revertir la exclusión económica, muy necesarias sobre todo para el caso de las minorías étnicas y los pueblos indígenas que se cuentan entre los grupos más desposeídos en la mayor parte del mundo.

El Informe, consecuente con su convicción de que es necesario permitir la libre elección de los individuos, señala la necesidad de confrontar los *movimientos que pretenden la dominación cultural* basados en una supuesta superioridad racial o cultural. El texto del 2004 considera que estos movimientos están proliferando en muchas latitudes, recurriendo a la expulsión, la asimilación forzosa e incluso el asesinato de cualquiera que sea considerado ajeno a la propia identidad, y se pregunta qué tipo de respuesta puede ser impulsada por los Estados. Las respuestas habituales pueden agruparse en dos: la represión o la integración democrática de sus inquietudes socavando sus bases. El PNUD afirma que la represión rara vez funciona, sino que, por el contrario, provoca la clandestinidad y la victimización; y, fiel a los principios que defiende, asegura que sólo la integración democrática permite reconducir las demandas de estos movimientos al debate público y plural.

En todo el largo texto, cargado de ejemplos y de conocimiento de muchas experiencias a todo lo largo del planeta, el Informe subraya la necesidad de *acoger y promover las identidades múltiples y comple-*

mentarias, que podrán permitir lealtades democráticas y comodidad en la cultura propia, mayor libertad y, consecuentemente, una profundización del desarrollo humano.

En definitiva, este año el PNUD vuelve a sorprendernos con un tema de enorme actualidad, sobre el cual aplica una misma lógica con gran claridad expositiva y profusión de datos y experiencias. Por otro lado, las soluciones que propone darán lugar a sociedades más integradas y reconciliadas, una necesidad sentida por la mayor parte de los Estados del mundo y que revierte positivamente sobre las condiciones de vida de sus ciudadanos. Una vez más, vale la pena su lectura y profundización.

Sin embargo, nos quedan *algunas reservas ante el panorama presentado.* En primer lugar, habría que recordar que hoy en día es la cultura occidental, y particularmente la norteamericana, la que cuenta con más ventajas para su difusión. Asombran sus éxitos económicos, militares y de bienestar –cuando no reales, sí reflejados al menos como tales por toda la potente industria de comunicación–, y su poderío económico le permite acceder a los últimos rincones para seducir y pavonearse con arrogancia. Demasiadas ventajas para una cultura; demasiadas dificultades para las demás. El Informe no parece demasiado sensible a esa gigantesca disparidad de potenciales que está diluyendo las culturas tradicionales en muchos lugares, sin posibilidad de defensa de las mismas.

En segundo lugar, se asume acríticamente el presupuesto antropológico liberal de la primacía de la individualidad de la persona, sin reconocer suficientemente la importancia de su aspecto relacional, que está posibilitado por la asunción de una determinada cultura. Un gran desvelamiento realizado por los autores comunitaristas, pero escasamente presente en el texto. Una perspectiva así probablemente termine por minar las culturas minoritarias, porque no se considera que tienen en sí mismas valor alguno, resultando en una marginación de las personas que pertenecen a ellas, siempre en desventaja ante las culturas mayoritarias.

En último lugar, la idea de aumentar las opciones culturales de la gente no deja de sonar a un intento de convertir la cultura en un gran mercado. Produce la sensación de que, una vez más, se mercantiliza un aspecto de la vida, en este caso un aspecto muy peculiar. La cultura es

parte intrínseca de nuestro ser: una vez que acontece la socialización primaria, todas mis opciones las realizo en diálogo con esa primera cultura que me posibilitó ser persona. Necesito raíces para realizar algunas opciones –otras muchas se me cerraron ya por el modo cultural concreto en que accedí a la madurez–. La cultura no es un enorme bazar, sino cuestión de raíces, sabiduría, crítica y profundización.

Alboan
FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO SOLIDARIO
ELKARREN GARAPENERAKO FUNDAZIOA

Para más información:
Fundación Alboan
944 153 592
alboabi@alboan.org
www.alboan.org

ST 92 (2004) 859-870

EL VATICANO II

9. Ecumenismo y diálogo interreligioso. A los cuarenta años del Vaticano II

María José ARANA, RSCJ*

«Rehacer la unidad visible de todos los cristianos»

Cuando Juan XXIII anunció la celebración del Concilio, presentaba ya un claro diseño de objetivos y finalidad del mismo como: a) *«una puesta al día», «una renovación gozosa»* del pueblo cristiano; b) la evangelización y el diálogo con el mundo contemporáneo; y c) *«una nueva invitación dirigida a los fieles de las comunidades cristianas separadas»* en vistas a *«rehacer la unidad visible de todos los cristianos»*[1]. Tres objetivos claros e incluso complementarios, porque *«el ecumenismo es condición sine qua non de la misión»* (mons. Zoa, Camerún), aunque en ese momento el tercer punto, el horizonte ecuménico, resultara inesperado y nuevo, porque el movimiento ecuménico, como es sabido, había surgido y se había desarrollado en el mundo protestante, y hasta entonces los papas no habían visto en él más que dificultades y peligros.

Hay algo que también me parece importante subrayar por su contenido simbólico, y es el hecho de que la idea o inspiración de promover un concilio le sobrevino al Papa como *«la flor de una inesperada primavera»,* justamente el 18 de enero, primer día de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, y que después de ocho días de un cierto debate interior el Papa expresó en su Diario: *«Llegué al con-*

* Doctora en Teología. Profesora del «Instituto de Teología de Vida Religiosa» de Vitoria. Algorta (Vizcaya).

1. 25 de enero de 1959, en *AAS* (1959), 65-69.

vencimiento de que se trataba de una inspiración de lo alto; convencimiento que se convirtió en certeza precisamente el último día de la Semana de Oración. Entonces ya no tuve la menor duda, y ese mismo día hice el anuncio del Concilio»[2].

Ciertamente, este concilio llevaba con toda propiedad el título de *«ecuménico»,* no sólo porque, dadas las facilidades de comunicación, acudirían a Roma los obispos y representantes del mundo entero –que eso quiere decir *ecuménico,* y también *católico*–, sino porque, además, iba a tener una orientación y finalidad dialogal con las demás confesiones y religiones que, sin duda, estuvo ausente en todos los concilios precedentes. El *ecumenismo* iba a ser una novedad muy fundamental en este concilio.

Ya en el discurso de apertura, el Papa abordó el tema y trató de la unidad de la familia humana, evocando no sólo *«la unidad de las oraciones y los ardientes deseos en que se traduce la aspiración de los hermanos separados a estar unidos con nosotros»,* sino que también subrayó: *«la unidad en la estimación y el respeto de la Iglesia Católica por parte de los adheridos a las religiones no cristianas».* En este sentido, incidió en el meollo de la cuestión, añadiendo que *«de alguna manera, el Concilio prepara y consolida el camino hacia esta unidad del género humano, requerida como base indispensable para que la ciudad terrena se asemeje a la ciudad celestial».* Es decir, Juan XXIII concebía ya el ecumenismo en toda su amplitud, traspasando las fronteras de las confesiones cristianas separadas y alcanzando a la humanidad entera, percibiendo que *«la fuerza de unidad sobrenatural de la Iglesia se despliega en provecho de la unidad total»*[3], como también lo propone al Concilio. Finalizaba una triste etapa en la que el papado se negaba a participar en el movimiento y las actividades ecuménicas, poniendo en guardia e impidiendo a los católicos asistir a las reuniones y asambleas interconfesionales y *«acatólicas»*[4].

---

2. En la medida de lo posible, voy a tratar de evitar las notas; sin embargo en un tema como éste algunas me parecen inevitables. F. KOENIG, *Iglesia ¿a dónde vas?,* Sal Terrae, Santander, 1986, p.16.
3. Del discurso de Juan XXIII para la apertura del Concilio, en H. FESQUET, *Diario del Concilio,* Nova Terra, Barcelona 1967, pp. 45-46. Este libro contiene 1.300 páginas, básicas para las aportaciones de los padres conciliares que citemos en esta primera parte del artículo.
4. Entre los textos de los papas anteriores orientados en esa dirección, podemos encontrar diversos; de ellos podemos resaltar afirmaciones del *Syllabus,* de Pío IX; encíclicas como *Quanta cura* (1864), también de Pío IX, o la de Pío XI contra el ecumenismo, *Mortalium animos* (1928), y otros muchos.

Así pues, aunque algunos padres conciliares estuvieran de acuerdo con el cardenal Arriba y Castro, que pensaba que era *«inoportuno hablar de ecumenismo en un concilio»,* sin embargo prevaleció ampliamente la visión pro-ecuménica, y el Concilio tomó el *diálogo* y el *ecumenismo* como indiscutibles líneas de fondo.

Algo sobre el diálogo ecuménico e interreligioso en el aula conciliar

Lo que más llama la atención no es tanto el hecho de que el Concilio formulara el Decreto sobre Ecumenismo y las Declaraciones sobre «las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas» y sobre «libertad religiosa»[5]. Esto es sin duda importantísimo, fundamental, y hay que volver a decir que estos documentos siguen siendo *«una gracia para nuestro tiempo»* (mons. Elchinger). Pero lo ecuménico no fue simplemente un tema conciliar, sino un tono, un estilo, algo así como el talante de este Concilio. La preocupación por el diálogo estuvo presente no sólo cuando se abordó directamente el tema, sino también cuando se trataban otras cuestiones eclesiológicas, teológicas, bíblicas, etc. Juan XXIII consiguió hacer del ecumenismo el *paisaje de fondo* y centro de mira. Impresiona recorrer las páginas de los diarios e intervenciones de los padres buscando expresiones, conceptos teológicos, palabras que ayuden a la mutua comprensión de cualquiera de los temas tratados.

Por ejemplo, al tratar sobre la Virgen, se dice que se ha de procurar *«evitar los excesos y desviaciones»,* porque *«chocan con razón con los protestantes»;* o bien, al hablar sobre el Papa, se recomienda: *«tengamos cuidado, porque el diálogo con los orientales sería imposible si se hablara de esta primacía de manera defectuosa»* (Máximos IV)... En otro lugar se pide que se modifique la fórmula *«ex sensu, non ex consensu Ecclesiae»,* sustituyendo la palabra *consensu* por *assensu,* y ello *«para evitar en el futuro cualquier equívoco perjudicial a los progresos del ecumenismo»* (mons. Descuffi)... *«Que se busque una nueva forma de expresar la relación entre la Iglesia y los bautizados no católicos»* (obispo de Manchester)... Algunos temas son abordados desde esta mentalidad interreligiosa: *«el sacerdocio universal de los fieles*

5. Los títulos latinos son: sobre Ecumenismo, *Unitatis Redintegratio;* sobre libertad religiosa, *Dignitatis Humanae;* sobre religiones no cristianas, *Nostra Aetate.*

tiene resonancia en el país del confucionismo, donde cada uno desempeña un papel sacerdotal y donde las familias participan muy de cerca del culto de los muertos» (mons. Lo Juang, Formosa)[6].

El cardenal Quiroga afirmó, aunque reprobándolo, que el esquema sobre «Libertad religiosa» había sido redactado *«en función del ecumenismo»;* pero en verdad habría que decir que esto ocurrió un poco con todos, porque esta preocupación estuvo siempre subyacente.

Los observadores no católicos, secundados por muchos obispos, insistieron en la necesidad de afrontar los temas desde una perspectiva más bíblica, *«desarrollar una teología bíblica»,* centrarse en la cristología, así como *«procurar valorar el patrimonio común a todas las confesiones».* También se reconoció la mayor sensibilidad de los protestantes ante la palabra «diálogo» y se fue trabajando sobre ello. Desaparecieron expresiones como, por ejemplo, «retorno» (se entiende: a Roma); se pidió eliminar del vocabulario usual palabras despectivas hacia los judíos, como «deicidas», «pueblo maldito», etc.; fue evolucionando el lenguaje, la sensibilidad... Por eso algunos obispos y auditores laicos recalcaron: *«Apoyémonos más en la Escritura que en la Teología»*[7]. Hubo gestos más trascendentales, como el levantamiento de las excomuniones entre Roma y Constantinopla, comprometiéndose por ambas partes a *«quitar los obstáculos del camino de la unidad»*[8]; otros aparentemente insignificantes, como, por ejemplo, la colocación de los Patriarcas de las Iglesias católico-orientales en el aula conciliar, que fue objeto de atención por una mayor sensibilidad hacia el mundo ortodoxo. Todo esto me parece sumamente importante, porque incide tanto en la Teología subyacente a los documentos conciliares como en las decisiones y resoluciones que conlleva.

Así, el obispo melquita M. Hakin llegó a decir: *«hablemos, pues, en función de los no cristianos»...* Porque *«todas las religiones que están adaptadas a sensibilidades distintas tienen una relación con la verdadera Iglesia»* (mons. Chang, China); por lo tanto, *«no temamos afirmar que existen elementos de verdad fuera de la Iglesia Católica»* (mons. Morcillo); algo semejante afirmó mons. Garrone refiriéndose a los cristianos de otras confesiones: *«existen tesoros en las comunida-*

6. Estas citas están tomadas del *Diario,* pp. 229, 233, 249, 259, 260, 282, 285, 377...
7. H. FESQUET, *op. cit.,* pp.139-141.
8. J.L. MARTÍN DESCALZO, *Un periodista en el Concilio,* PPC, Madrid 1963, tomo IV, p. 485.

des cristianas no católicas»; y se lamentó de que *«a veces tengamos miedo de admirarnos, cuando todo es obra de Dios».*

En realidad, el Vaticano II supuso un gran avance, un giro completo de mentalidad y de teología que va, desde pensar que *«fuera de la Iglesia no hay salvación»,* hasta afirmar no sólo que *«no hay que echar al infierno a todos los no cristianos»* (mons. Hien, de Vietnam), sino incluso a reconocer que *«la Iglesia necesita de las demás religiones para hacerse auténticamente católica»* (mons. Parecattil, de la India), porque, además, *«estas religiones no cristianas reflejan un destello de la verdad que ilumina a todos los hombres»* (Declaración *Nostra Aetate*).

En definitiva, Pablo VI pidió que todos los obispos estén *«impregnados de un espíritu verdaderamente ecuménico»*[9]; pero la mayoría de ellos ya lo estaban.

La evolución posterior

Me he detenido en el interior del aula conciliar, porque me parecía importante conocer algo del talante de las aportaciones de los padres y admirar el cambio de mentalidad que se va operando; pero lo que me parece fundamental es contemplar la enorme centralidad del tema a lo largo y lo profundo del Concilio. El asunto del ecumenismo, como ya he destacado, fue transversal e impregnó la mentalidad conciliar. La pregunta actual sería: ¿se ha mantenido esa importancia en el interior de la Iglesia?; ¿cómo ha crecido posteriormente –si es que lo ha hecho–el impulso ecuménico?; ¿cómo se ha desarrollado la vida ecuménica a lo largo de estos cuarenta años?...

No cabe duda de que la posición de la cúpula de la Iglesia es fundamental con respecto a esta o a cualquier otra materia; pero no lo es menos la concienciación y el sentir de la base eclesial, que indudablemente estará mucho más concienciada en los países de mayoría no católica. En cambio, en aquellos países en los que, como España, Francia, Italia, Polonia, etc., la mayoría es católica, el despertar ecuménico es mucho más lento y menos activo. Y lo mismo ocurre en los países de mayoría ortodoxa. Desde siempre los protestantes han estado mucho más activos en este movimiento, que nació en el seno precisamente del protestantismo. Así, el pensamiento y el sentir ecuménico ha evolucionado de forma diversa según países y contextos socio-religiosos.

9. H. FESQUET, *op. cit.,* p. 363

Las religiones no cristianas también ofrecen un panorama muy distinto unas de otras; incluso en el seno de una misma religión podemos encontrar corrientes y sensibilidades diferentes.

Por otra parte, es muy importante tener en cuenta que el diálogo ecuménico no significa tan sólo intercambio teológico e institucional-jerárquico. Es necesario recordar las formas de ecumenismo que menciona el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso (1984):

a) Diálogo de la vida: la apertura de la vida normal y mutua hospitalidad de personas de la base de diferentes confesiones y religiones.
b) Diálogo de las obras, colaborando juntos en acciones sociales, especialmente en orden a construir conjuntamente un mundo más justo y fraterno.
c) El diálogo de los intercambios teológicos: expertos que buscan profundizar en la comprensión, aprecio y avance de las diferentes teologías.
d) Diálogo, o compartir «los tesoros de la fe», la experiencia religiosa, la contemplación y las diversas riquezas espirituales.

Las cuatro formas son necesarias, precisan interrelacionarse, y no existe un orden de prioridad entre ellas; y estas formas deben ser ejercidas en todos los niveles, tanto en la base eclesial como en los estamentos más institucionales... Esto nos ayuda a comprender la amplitud del campo ecuménico e interreligioso, que, sin absolutizar el valor de las relaciones institucionales, se amplía a toda la base eclesial, abarcando todos los niveles. Porque aquéllas no dejan de ser fundamentales para que las iglesias caminen en esta dirección, pero no son únicas, y nada serían sin las demás formas de diálogo y sin la cooperación de todos. Por eso, si queremos entrar de verdad y a fondo en la comprensión y captación del diálogo ecuménico, hemos de conocer y valorar todos esos niveles y formas. Sin embargo, y siendo realistas, en un artículo como éste no podemos abordarlo todo. Porque cuarenta años son muchos, y aunque en ellos la evolución en materia ecuménica no haya sido uniforme, sin embargo sí brotó con fuerza y de forma prolífera. Se comenzó un diálogo anteriormente inexistente. Se crearon organismos pontificios para la Unidad de los Cristianos, para el Diálogo Interreligioso, y otros. Se han escrito multitud de documentos, se han realizado múltiples encuentros, en un diálogo que tiene muchos frentes, según iglesias, religiones, temas, etc. De todas formas, la Iglesia Católica, contra lo esperado, no se ha convertido aún en miembro ordinario

del Consejo Mundial de las Iglesias; simplemente, acude como observadora invitada a sus asambleas y participa, eso sí, como miembro de la comisión teológica del mismo, «Fe y Constitución».

Por tanto, y dada la enorme complejidad y longitud del tema, en este breve artículo voy a limitarme al mundo propiamente ecuménico, es decir, interconfesional cristiano; y lo haré desde unas perspectivas muy concretas: a) Juan Pablo II y su incidencia en el mundo ecuménico; b) el documento sobre la justificación; c) la ordenación de las mujeres, especialmente en la Iglesia Anglicana, y su repercusión en las relaciones ecuménicas.

Juan Pablo II y el ecumenismo

En 1984, Juan Pablo II proclamaba en la sede del Consejo Mundial de las Iglesias en Ginebra: *«Debo reafirmar que la Iglesia católica está comprometida en el movimiento ecuménico con una decisión irrevocable y quiere contribuir al mismo con todas sus posibilidades. Y para mí, obispo de Roma, esto constituye una de las prioridades pastorales»*[10]. La verdad es que no todos los organismos y personajes del mundo ecuménico han visto o sentido esa «prioridad»... En algunos medios, y especialmente a raíz de la Declaración vaticana *Dominus Iesus* (6 de mayo de 2000), se ha afirmado: *«no puede ignorarse que el ecumenismo registra su etapa de más baja intensidad desde el Vaticano II»;* idea que vuelve a repetirse en otros lugares del mundo ecuménico. Los dos aspectos, las dos constataciones son ciertas.

Podemos decir que en este punto, como en otros, Juan Pablo II ha tenido sus momentos paradójicos: por una parte, se ha visto claramente su empeño en el tema en los múltiples documentos, alocuciones, mensajes, viajes, encuentros con personajes relevantes de otras confesiones y religiones, actos simbólicos... Por otra, también se han constatado limitaciones, palabras que han servido de freno o/y retroceso en el diálogo, dificultades de entendimiento... Es decir, ambas cosas son ciertas: «prioridad»", sí, pero también «etapa de baja intensidad», incluso «invierno ecuménico»...

Ya en su primera encíclica, *Redemptor hominis* (1979), el Papa dedicó una parte importante de ella al ecumenismo y al diálogo interreli-

10. Citado en L. LAGO ALBA, «Primavera Ecuménica de la Iglesia», en (AA.VV.) *El Concilio del siglo XXI,* Madrid 1987, p. 126

gioso, reconociendo explícitamente la presencia operante del Espíritu Santo, *«del Espíritu de Verdad, que actúa más allá de los confines visibles del Cuerpo Místico»* (n. 6)[11], y ampliando doctrina y práctica ecuménica.

Es importante subrayar también que la primera encíclica que un papa dedica íntegramente al ecumenismo se la debemos a él: *Ut unum sint* (23 de marzo de 1995), que marca una senda clara hacia el movimiento ecuménico y presenta el ecumenismo no como un «añadido», sino como algo esencial en la vida y acción de la Iglesia, que siempre ha de huir de la «desunión». Un punto sumamente importante en el avance ecuménico es la invitación a las otras iglesias a dialogar sobre un modo nuevo de ejercer el primado de Pedro, tarea que el Papa «no puede llevar a término solo» (n. 96); es decir, reconoce el alcance ecuménico de la problemática y de su resolución. Ya Pablo VI había tenido esta iniciativa; Juan Pablo II insiste en ella, aunque, a decir verdad, es un asunto que ya ha quedado pendiente para el próximo pontificado..., si es que el sucesor lo asume.

El encuentro interreligioso de Asís es un hecho archiconocido, cuya iniciativa y liderazgo se debió al mismo Papa.

La Carta Ecuménica Europea (Estrasburgo, 22 de abril de 2001)[12], se ha escrito bajo su pontificado y supone un hito –aunque poco conocido– en el desarrollo de la comunión y colaboración en el mundo cristiano europeo, recogiendo el espíritu y la práctica de las dos Asambleas –Basilea (1989) y Graz (1996)– promovidas por la Conferencia de la Iglesias Europeas (KEK) y el Consejo de Conferencias Episcopales Europeas (CCEE).

En fin, la cantidad de documentos, discursos, mensajes, entrevistas, visitas a todos los continentes, etc. que este Papa ha dedicado al tema, son incontables. Sin embargo, y como decíamos anteriormente, su actividad ecuménica no siempre ha sido percibida en su perspectiva más positiva, ni fuera ni siquiera dentro, en ocasiones, de los sectores más progresistas de la Iglesia. Intentaremos asomarnos a algunos asuntos que han sido más controvertidos.

Una de las dificultades mayores con las que ha tropezado el Pontífice es el de la relación con las iglesias ortodoxas, especialmente por la cuestión de las iglesias católicas de rito oriental, denominadas *uniatas;* cuestión complicada, primero por la complejidad y diversidad

11. Cf. También *Unitatis Redintegratio,* 3.
12. Véase el texto completo en *Ecclesia* 3.047 (5 de mayo de 2001).

de las mismas iglesias, pero especialmente por las divergencias con las iglesias ortodoxas en cuanto a los edificios, la relación existente entre libertad religiosa, evangelización y proselitismo. La clarificación de todas estas cuestiones está siendo muy difícil durante el actual pontificado. Sin embargo, Juan Pablo II se ha querido acercar de muchas formas a Oriente. La cuarta encíclica que escribió, *Slavorum Apostoli* (1985), coincidiendo con el aniversario de la muerte de San Metodio, así como la encíclica *Orientalia lumen* (1995), con ocasión del centenario de la *Orientalium dignitas* de León XIII, son ya un gesto importante de atención, especialmente para los católicos de rito oriental; pero de alguna forma se asoma también a toda la problemática ecuménica y ortodoxa. En la Encíclica *Ut unum sint* recuerda las palabras de predilección que el Vaticano II dedica a los ortodoxos: *«aunque separadas, tienen verdaderos sacramentos, y sobre todo, en virtud de la sucesión apostólica...»* (n. 50, cit. *Unitatis Redintegratio,* 14). También habría que resaltar los numerosos viajes de este Papa al Este europeo (Ucrania, Rumanía, Balcanes etc.), leyendo en ellos el mensaje de unidad que subyace explícita e implícitamente. Sin embargo, las dificultades en el diálogo con la ortodoxia, especialmente con el Patriarcado Ruso, pero también con la Iglesia Griega y otras, son muy delicadas y de difícil solución.

Tampoco el diálogo con el Consejo Mundial y con las iglesias protestantes ha resultado siempre fluido; hay otros muchos problemas, y de algunos –muy pocos– de ellos trataremos en los apartados siguientes.

Declaración conjunta sobre la Justificación del «Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos» y la «Federación Luterana Mundial» (1997)

La Comisión Internacional para el Diálogo católico-luterano inició sus trabajos en 1967 y ha trabajado conjuntamente varios aspectos teológicos. No cabe duda de que el tema de la Justificación es fundamental en el diálogo, ya que lo fue también en la ruptura del siglo XVI: fue base de la Reforma Protestante y de la teología Luterana –«por cuatrocientos años esta doctrina nos ha dividido» (mons. W. Kasper)–. Por lo tanto, sus repercusiones son importantes no sólo para el luteranismo sino para todas las iglesias Reformadas. Juan Pablo II afirmó que era «un hito en el no siempre fácil camino hacia la plena restauración de la uni-

dad de los cristianos»; «un motivo de esperanza», decía mons. W. Kasper, y ciertamente lo era, tanto por el contenido del Documento como por el trabajo conjunto de ambas comisiones. En él se tocan todos los aspectos doctrinales sobre la Justificación en los que ambas confesiones están de acuerdo, y se marcan también algunas diferencias. Una vez terminado el Documento, se entregó, por una parte, a los Sínodos de las diversas iglesias luteranas y, por otra, a la Congregación para la Doctrina de la Fe y al Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos. La discusión interna fue intensa y con distintos resultados. Por parte luterana, a pesar de las inevitables objeciones, se logró el consenso de aprobación. La Iglesia Católica redactó un Documento[13], *Respuesta a la Declaración sobre la Justificación* (25 de junio de 1998), que, aunque afirma un acuerdo básico, sin embargo pone tantas objeciones (aquí no podemos detallarlas) que provocaron una gran desilusión; como decía mons. Kasper: *«muchos las interpretaban como un regreso del diálogo ecuménico»*[14]; y poco más adelante pide: *«no debemos desanimarnos midiendo las distancias que todavía nos separan de la meta».* Más claro aún es el luterano Rev. Dr. Guillermo Hansen, el cual escribe dos artículos con sendos títulos sumamente expresivos: *«Un nuevo capítulo en la relación entre Luteranos y Católicos»,* escrito inmediatamente después del consenso protestante, y *«¿Un paso adelante, dos pasos atrás?»,* publicado al conocerse las dificultades de la respuesta católica. Estas dos interpretaciones nos dicen un poco en esquema lo que está ocurriendo y cómo se están viviendo en la actualidad bastantes cuestiones en el ámbito ecuménico.

El diálogo ecuménico y la ordenación de las mujeres

«Nueva dificultad para la reconciliación entre católicos y anglicanos»... «El Vaticano califica de acto cismático la aprobación del sacerdocio femenino en la Iglesia Anglicana»... «Grave obstáculo ecuménico»... «Impide la reconciliación entre católicos y anglicanos»... Titulares como éstos encabezaron muchas páginas de periódicos y revistas a raíz de las ordenaciones de mujeres en la Iglesia Anglicana (1992) y de

13. Firmado por el Cardenal J. Ratzinger.
14. Mons. Walter KASPER, Obispo emérito de Stuttgart y Secretario del Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos, *La Declaración conjunta sobre la Doctrina de la Justificación. Un motivo de esperanza.*

la Carta de Juan Pablo II *Ordinatio sacerdotalis* (22 de mayo de 1994), en la que daba por cerrado el tema en la Iglesia Católica. Ambos asuntos están muy relacionados.

El eco de la ordenación de las mujeres anglicanas en la Iglesia Católica se debe no sólo al largo e importantísimo camino de diálogo ecuménico que se entabló entre ambas Iglesias[15], sino también a la innegable proximidad entre ambas iglesias en materia eclesiológica, comprensión del ministerio ordenado, sacramentos, sucesión apostólica, etc. Ya Pablo VI dijo ante esta cuestión que es *«un elemento de grave dificultad y como una amenaza a la reconciliación de las dos Iglesias»*[16]; así se ha vivido oficialmente todo el proceso y la decisión de la Iglesia Anglicana sobre el tema. Además del diálogo especial con los anglicanos, el trabajo conjunto sobre estos puntos por parte de la Comisión Teológica del Consejo Mundial de las Iglesias, «Fe y Constitución», había sido un motivo de esperanza y acercamiento. La reacción de la jerarquía católica en este punto, y especialmente del Papa, ha sido controvertida dentro y fuera de la Iglesia Católica, especialmente en los ámbitos ecuménicos y en los de muchísimos grupos de mujeres[17].

Es un tema pendiente tanto a nivel intraeclesial como ecuménico, en el que las mujeres piden, también ecuménicamente, la posibilidad de participar en una reflexión abierta y real, a lo cual la Iglesia Católica, por el momento, no parece estar dispuesta.

«Preparar y consolidar el camino hacia la unidad del género humano» (Juan XXIII)

No cabe duda de que el Vaticano II representó un nuevo Pentecostés para la Iglesia, y que también, desde entonces, ha habido un rico, aunque a veces complicado, recorrido. En estos cuarenta años, el mundo ha

15. Para seguir el curso de las relaciones ecuménicas entre la Iglesia Anglicana y la Católica podemos citar, entre otros, D. PALMER, *Strangers not longer,* Hodder & Stoughton, London 1990. D. SHEPPARD and D. WORLOCK, *Better together,* London 1988.
16. *Vida Nueva* 1.379 (julio 1986), p. 39.
17. Este tema está muy trabajado en M.J. ARANA, «María y la Ordenación de las Mujeres»: *Ephemerides Mariologicae* XLIV (julio-septiembre 1994); M.J. ARANA y M. SALAS, *Mujeres sacerdotes, ¿por qué no?,* Claretianas, Madrid 1994.

evolucionado de forma vertiginosa, y todo ello ha incidido dentro y fuera de la Iglesia. Las comunicaciones aceleran imparablemente su avance, y sus repercusiones en todos los órdenes son enormes. Nos encontramos viviendo con otras culturas y otras religiones. Nos estamos haciendo mucho más conscientes de que la Tierra es nuestro «hogar común», la «aldea global», y que todos y todas, profesemos la religión que profesemos, somos corresponsables de ella. El fenómeno de la globalización nos ayuda a cambiar nuestra mente y pide unas relaciones nuevas en todos los órdenes, también –y quizá primordialmente– en lo religioso. Y, a la par, nos vamos haciendo también más conscientes de que en este avance del mundo todas las religiones, también «las otras», poseen la energía y el dinamismo espiritual que les permiten cooperar en el desarrollo y el «despertar» humano... Estamos ante un momento nuevo para la humanidad; las religiones y las confesiones cristianas tienen la oportunidad y la obligación moral de proseguir y acrecentar un diálogo serio que ayude y empuje aquello que, como decíamos al comienzo, ya intuyó Juan XXIII: preparar y consolidar *«el camino hacia esta unidad del género humano»,* camino lento y no siempre fácil, pero sumamente urgente, hacia esa unidad en la diversidad reconciliada que nos llama desde el vértice de la Historia.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

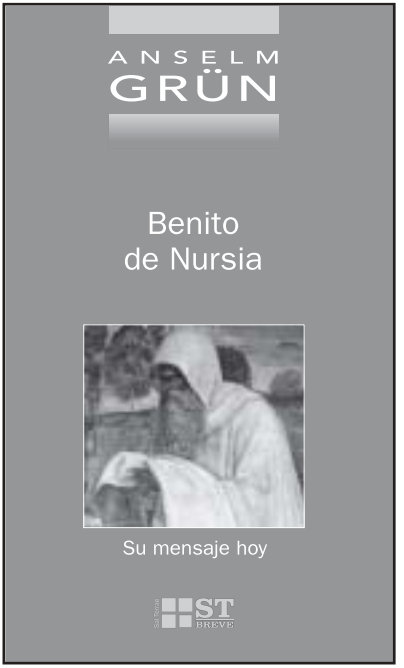
NOVEDAD

ÉLOÏ LECLERC
El Pueblo de Dios en la noche
128 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,00 €

Buscando razones para vivir y creer, en medio de la actual «noche de la fe», Éloi Leclerc se centra en la experiencia del exilio de Babilonia y nos propone una meditación tonificante de la Palabra de Dios. Ni optimismo ingenuo ni repliegue sobre el pasado. Se trata de acoger nuestra «noche de la fe» del modo en que lo hizo el pueblo de Israel en el exilio: no como una catástrofe, sino como una prueba misteriosa que lleva ya en sí misma la esperanza de una renovación. Tal vez Dios esté más cerca que nunca en los momentos en que nos sentimos más pobres y alejados de Él.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

ANSELM GRÜN
Benito de Nursia.
Su mensaje hoy
96 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 6,00 €

En estos ajetreados tiempos, el mensaje de san Benito resuena como el eco de un mundo lejano: *ora et labora,* busca la justa medida, permanece en el mismo lugar. Benito no da respuesta a todos los interrogantes que hoy nos preocupan. Pero cuando consideramos su figura sobre el trasfondo de su atormentada época, sus consejos e instrucciones cobran para nosotros nueva actualidad. Benito se dirige a todos cuantos sienten el anhelo de una existencia plena, a fin de ganarlos para el mensaje del Evangelio. Y a todos nos acompaña en el camino que conduce a una vida dichosa aquí y ahora.

ST 92 (2004) 873-883

LOS LIBROS

Recensiones

FRAIJÓ, Manuel, *Dios, el mal y otros ensayos,* Trotta, Madrid 2004, 316 pp.

Lo que se expresa con el título *«Dios y el mal»* no es para el autor un tema cualquiera. Aparece en todos sus libros anteriores y viene a ser como el centro principal de su preocupación. Ha sido un acierto reunir los ensayos que ahora se publican y presentarlos al lector precisamente bajo ese título.

Quien ya conozca al autor, por sus libros o por sus intervenciones habladas, lo reencontrará inmediatamente en el libro presente. Y, sin duda, con gusto. Su estilo inconfundible, ameno y nada academicista, excepcionalmente comunicativo, es de los que cautivan con fuerza.

Hay en el libro notable claridad y una gran amplitud de conocimientos, unidas a una gran hondura de reflexión. Pero, más que todo ello, hay la palpitación de un *sentimiento muy humano* que subyace a todo y emerge aquí y allá con dramatismo contenido.

Es todo un *estilo de filosofar* el que así se presenta. Para caracterizarlo no encuentro otra palabra más adecuada que ***«existencial».*** Por supuesto, sin nada de aquel derroche de sutileza lingüística y conceptual que tal estilo tuvo en sus mayores exponentes en el siglo pasado. Pero es «existencial» el ángulo desde el que el tema está planteado y desarrollado. La reflexión se hace desde la vida humana consciente y de un modo que coimplica a quien la hace.

Las múltiples aportaciones de datos objetivos y referencias a otros pensamientos de estilos muy distintos están recogidas y enhebradas en un discurso que lo que últimamente busca es *iluminar* ***la condición humana*** *y sus preguntas-límite.* Un discurso así es muy adecuado para adentrarse en el debate –unamuniano– nunca resuelto entre *el sí y el no de la fe religiosa en Dios,* de una fe que es *esperanza de que Dios sea real.*

Si se hubiera buscado destacar el talante que subyace, un título del libro habría podido ser: *Desde la*

inseguridad del esperar. O, quizá mejor, *Desde la esperanza nunca del todo segura.*

¿Y no es éste el enfoque más coherente para una *reflexión filosófica* sobre ese nuclear tema religioso? Un tema que no deja indiferente y que, para quien lo toma en serio, tiene siempre más de pregunta abierta que de respuesta definitiva.

Pero para comprender mejor ese enfoque y hacerle justicia hay que preguntarse *qué es lo que le subyace y lo que lo mantiene.* Y entonces me parece muy claro que es precisamente lo que se menciona en el segundo miembro del binomio que forma el título: *el mal.* Con este matiz: no aquello que sobre lo que es posible teorizar, científica o metafísicamente, en relación con lo que ese término denota, sino aquello que connota de *sufrimiento humano.*

La actitud filosófica que enfoca así el tema religioso es una actitud de *solidaridad humana.* A mi entender, lo que impide a Fraijó dar por cerrada una búsqueda que se muestra tan poco generosa en resultados tranquilizadores es su participación afectiva solidaria en ese sino humano que lleva ya milenios buscando una realización plena que la Naturaleza le niega.

«Dios» expresa lo que los humanos han visto como clave de salvación. El *«mal»* de la segunda parte del título no expresa sólo que *su abrumadora abundancia hace muy difícil creer en Dios;* antes, y más radicalmente, expresa que *creer en Dios aportaría la solución del enigma en que el mal deja a la condición humana.*

Es la tensión paradójica que plasmó Unamuno en sus versos:

«...sufro a tu costa,
Dios no existente,
que si Tú existieras
existiría yo también de veras».

Pero con una importante precisión, y es que, en Fraijó, la tensión es más explícitamente solidaria: se trata del *mal de todos,* más que del suyo. Tal como yo lo entiendo, el protagonista radical del tozudo empeño reflexivo de Manuel Fraijó no es otro que *la ambigua condición humana, vitalista y doliente,* que, a la vez, necesita de Dios y no tiene un acceso tranquilizador a su realidad.

Muy cercano a los pensadores frankfurtianos, no se resigna Fraijó a dar por cerrada la causa de las víctimas. No niega con ello relevancia, e incluso prioridad, a empeños éticos de esperanza orientados al futuro histórico. Pero con su insistencia en el tema «Dios y el mal» reclama que no sea olvidada esa mayoritaria multitud humana a la que ningún esfuerzo podrá ya aportar remedio

Se hace inevitable preguntarse: ¿a qué desenlace aspira como posible una postura de tan tremenda tensión? Me parece leer una insustituible clave de respuesta en la frase repetida por Fraijó bastantes veces en alusión a la parábola de los caminantes de John Hick: «...sólo se verá al doblar la última curva».

Dicho en el lenguaje teológico de Pannenberg, también asimilado

por Fraijó, sólo en el *ésjaton* podrá finalmente Dios ser Dios –un Dios acreditado a los ojos de todos–. Mientras tanto, sólo caben modestas *anticipaciones* (*prolepsis*). Y Fraijó no puede seguir a Pannenberg en su cómoda concesión de *fuerza argumental* a la anticipación, que sería lo que hay de estrictamente histórico en la Pascua cristiana.

El creyente problemático que es Manuel Fraijó –un genuino creyente, a mi entender– no puede participar en el tono asertivo de otros. Ni en el *sí* de la fe segura de los «testigos» ni en el *no* de un agnosticismo que se extendiera hasta dar por cerrada la causa –y, con ella, la esperanza– de las víctimas. Son hoy muchos, sospecho, los creyentes que descubren en una fe así la única fe que les resulta posible.

Debo ya terminar. No sólo los que se sientan afines, sino todo lector de *«Dios y el mal»* se verá introducido, con un estilo muy atractivo, en un universo de reflexión humana de gran hondura, que no lo dejará indiferente y que le resultará muy enriquecedor.

José Gómez Caffarena

VANIER, Jean, *La fuente de las lágrimas,* Sal Terrae, Santander 2003,182 pp.

Todavía no demasiado conocido en España, Jean Vanier es uno de los grandes referentes espirituales de nuestro tiempo. Jean Vanier es, ante todo, un hombre de Dios, un hombre que ha sabido dar forma a una espiritualidad que pivota sobre el pobre, el débil, el herido, la persona con una deficiencia mental..., como sacramento de Dios; una espiritualidad que se ha encarnado de forma específica en las comunidades de «El Arca» y «Fe y Luz». Como señala repetidamente en el retiro que aquí se nos presenta, la presencia del pobre ayuda a descubrir una verdad esencial del Evangelio: que «no se trata de obrar con generosidad ni de hacer el bien a los pobres, sino de ser amigo suyo, de descubrir, en la alianza con ellos, que son ellos quienes nos despiertan, nos sanan, nos preceden y nos conducen por el camino de la vida».

La fuente de las lágrimas no es un tratado, es un retiro, y no ha sido «escrito» por Jean Vanier, sino que, sobre la base de sus charlas para un retiro en Santo Domingo, ha sido Anne-Sophie Andreu quien ha «escrito» este libro. La descripción más general de la obra viene muy bien hecha por la «autora» en el prólogo: es un retiro en seis días con tres bloques temáticos diarios (tres meditaciones). El encuentro de Jesús con la samaritana, en el tercer día, constituye el centro de la obra; un encuentro en el que se nos invita a cada uno de nosotros a dejarnos, como ella, «nombrar en nuestra verdad».

Jean Vanier parte de una realidad profunda que late en cada uno de nosotros: que somos fruto de nuestra historia; que cada acontecimiento, feliz o desdichado, se ha inscrito en nosotros; y que las huellas de cada herida, de cada rechazo, siguen ahí, produciendo la sensación de no ser amados y su correlato de culpabilidad; produciendo el sentimiento de que, si uno no es amado, es porque no es amable; que si uno es rechazado, es porque es culpable. Y si esto es verdad para todos nosotros, lo es más aún respecto de la persona discapacitada, «sobre la que suele pensarse que no tiene valor humano, a la que se está autorizado a matar antes de nacer o a la que se encierra». Desde ahí se nos invita a entrar en el misterio del retiro: «oír la llamada de Jesús y descubrir que nos ama, pero también tocar nuestros duelos, nuestras heridas». Se nos invita a tocar nuestras heridas, a familiarizarnos con nuestras debilidades, a descubrir la verdad de nuestro ser. «Sólo puedo recibir a Jesús en mí si recibo al pobre que hay en mi interior»; sólo podré acoger al pobre y herido si reconozco mi pobreza y mis heridas.

«El misterio del pobre es que revela a la vez el pozo de ternura y todo lo endurecido de nuestro corazón, todas nuestras heridas. Y el gran secreto que Jesús nos revela es que está presente en nuestras heridas, en el pobre que hay presente en cada uno de nosotros y que hay que acoger». Desde ahí podremos comenzar a vivir en alianza, en relación de amor.

Es un libro-retiro profundo y a la vez sencillo, de fácil lectura y extraordinariamente sugerente. La autora le ha dado una forma especialmente adaptada para una lectura meditativa que quiero destacar muy en positivo; cualquiera que haya escuchado personalmente a Jean Vanier podrá reconocer aquí su estilo (y casi hasta su voz). Creo que es una buena edición-publicación de un retiro. ¡Qué pena la errata del encabezado de todas las páginas: «la *funte* de las lágrimas»!

Miguel Campo, SJ

DOMÍNGUEZ MORANO, Carlos, *Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos,* Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2003, 302 pp.

Carlos Domínguez Morano, SJ se presenta a sí mismo en la nota previa de la presente obra como un psicólogo clínico que intenta clarificar y clarificarse sobre determinados aspectos psicológicos latentes en la propuesta de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

Y nos explica que en este trabajo ha sido para él fundamental la inspiración de Adolfo Chércoles, que ha ayudado al autor, por medio

de un diálogo fecundo, a entender la dinámica profunda que hay detrás del texto ignaciano.

Es indudable que el ejercitante pone en juego toda una serie de mecanismos psíquicos cuando entra en Ejercicios y se deja interpelar y mover por el Espíritu. Ocurre en él una verdadera experiencia religiosa, y es de esperar que todo su mundo de afectos quede conformado y remodelado de acuerdo con un nuevo «Principio y Fundamento». Resulta que en ese proceso, en que se pretende buscar y hallar la voluntad de Dios, es todo el sujeto el que queda afectado en sus diversos niveles psíquicos: cambia su modo de meditar, de contemplar, de discurrir, de razonar, de sentir... Seguir el rastro de todos esos cambios que en la sensibilidad y en las zonas afectivas más profundas afectan al alma, es en gran medida el intento de la presente obra.

La óptica elegida por el autor es fundamentalmente psicoanalítica y freudiana. Ésa es su virtud y ésos son sus límites. Por ello conviene tener una cierta preparación y conocimiento de psicología, porque las referencias terminológicas y conceptuales son constantes. Así, por ejemplo, Carlos Domínguez nos hace ver la analogía de la concepción que del ser humano tiene San Ignacio y la descripción que de la personalidad nos propone Freud en la llamada *Segunda Tópica,* es decir, en la división del aparato psíquico en las tres instancias del Yo, el Ello y el Superyó (p. 121). Evidentemente –nos aclara el autor–, la correspondencia entre el esquema ignaciano y el freudiano es meramente de analogía y no de identidad.

Para un lector que haya vivido y conozca los Ejercicios, el libro es de indudable interés. El esfuerzo por adentrarse en el presente estudio es arduo, pero merece la pena. Resulta difícil, sin duda, para alguien no avezado en el mundo de la psicología, pero todos podemos descubrir sorprendentes riquezas tras cada una de las páginas en las que vamos recorriendo sucesivamente las anotaciones y adiciones (primera parte), la culpa y el examen (segunda parte), los procesos afectivos y la elección (tercera parte), el abrazo y la disposición (cuarta parte). Finalmente, se gusta de una interesante conversación que el autor mantuvo con Adolfo Chércoles.

Opino que es un libro para conocer sin prisas; y si bien se ha logrado la unidad entre sus diversas partes, es posible centrarse en alguna de ellas sin necesidad de hacerlo en las otras. Y, así, poco a poco se pueden ir conociendo un poco más todos los resortes de la persona que entran en juego en el proceso por el que nos hacemos disponibles a la voluntad de Dios.

Recomiendo hacer uso de este trabajo como manual de apoyo y echar mano de él las veces que haga falta cuando pretendamos hacer un poco de luz acerca de los dinamismos con los que funciona nuestra psicología humana en tiempo de Ejercicios.

Fernando Gálligo

RUIZ, Samuel (con la colaboración de Carles Torner), *Cómo me convirtieron los indígenas,* Sal Terrae, Santander 2003, 164 pp.

Este libro de connotaciones autobiográficas del, hasta hace poco, carismático obispo de San Cristóbal de la Casas (Chiapas), don Samuel Ruiz García, nace como encargo al periodista y escritor Carles Torner por parte del Organismo de Cooperación Internacional de la Iglesia de Francia: «Comité Católico contra el Hambre y por el Desarrollo» (CCFD).

Pero, como queda reflejado desde el prólogo, más que una biografía centrada en la figura del obispo, los diferentes capítulos nos adentran en la marcha colectiva que ha vivido está diócesis del sureste mexicano, donde el mismo don Samuel, en sus cuarenta años de servicio pastoral, se reconoce como «un miembro más entre tantos otros. De este modo, a través de las diferentes entrevistas realizadas tanto a don Samuel como a otras muchas voces de la diócesis, se nos ofrece la experiencia viva de esta iglesia en su deseo de ser iglesia de Jesús en medio de los pueblos indígenas de Chiapas. Desde este caminar, se nos permite comprender hasta qué punto ese modo de ser Pueblo de Dios ha sido lugar de referencia y comunión para otras muchas experiencias eclesiales más allá de sus fronteras.

Tras un capítulo inicial en el que don Samuel se define como un caminante que ha vivido la preocupación pastoral por acercarse a su pueblo, los siguientes cuatro capítulos se detienen en narrarnos algunos de los acentos centrales de este proceso eclesial. Teniendo como telón de fondo los acontecimientos histórico-políticos, la realidad de los indígenas, las aportaciones de las diferentes realidades latinoamericanas y las invitaciones nacidas del Vaticano II, Medellín, Puebla y Santo Domingo, se nos transmite de manera cercana, a la vez que sistemática, algunas de las experiencias esenciales de un modo de ser Iglesia en una región que –por décadas e incluso siglos– ha sido sometida a la pobreza y a la violencia.

Partiendo del reconocimiento, valoración y dignidad de las culturas mayas de Chiapas –definidas como «simientes del Verbo» (cap. 2)–, el libro se adentra en el proceso por el que esta diócesis ha asumido y hecho suya la opción por los pobres hasta reconocerse como «Iglesia de los pobres» abierta a todos (cap. 3). Caminar eclesial que ha llevado a construir desde su propia reflexión e identidad indígena su teología (cap. 4) y ha inculturado el evangelio para el surgimiento de una Iglesia autóctona en marcha (cap. 5).

En los dos capítulos siguientes se nos narran dos experiencias que explican cómo la diócesis, y con ella don Samuel, ha repercutido en «una dimensión universal», asumiendo de esta forma su responsa-

bilidad hacia la Iglesia del Señor y hacia la sociedad. Estas dos experiencias son, por un lado, el trabajo con los refugiados guatemaltecos en la década de los ochenta (cap. 6) y, por otro, todo lo relativo al proceso de intermediación vivido a partir del levantamiento zapatista a mediados de la década de los noventa (cap. 7).

El libro se cierra con un capítulo que nos narra los recuerdos de la vocación de don Samuel y el don que ha significado para él caminar con el pueblo indígena. Expresado con palabras que denotan lo viva que permanece esta vocación, don Samuel confiesa que «Chiapas ha salido de su territorio y me acompaña por todas partes. ¿Cómo decir que estoy fuera de Chiapas?» (cap. 8).

Por todo ello, *Cómo me convirtieron los indígenas* es un libro que, a pesar de su distancia física y, posiblemente, de sus concreciones, difíciles de trasladar, impacta y cautiva por su sabor a Evangelio. En sus narraciones se esconde la experiencia viva del caminar de una iglesia indígena y autóctona que, bajo el soplo del Espíritu y los vientos del Concilio, ha emprendido una marcha osada y apasionante que reta, seduce y sugiere. En sus páginas se deja oír la invitación a ser, en medio de nuestras realidades y culturas, Iglesia de Jesús. Sus experiencias son como una bocanada de aire fresco del Espíritu, sobre todo en tiempos de cierto invierno eclesial y de orfandad pastoral.

José Luis Loyola Abogado

TRIGO, Pedro, *En el mercado de Dios, un Dios más allá del mercado,* Sal Terrae, Santander, 2003, 222 pp.

¿Queremos una relación viva con Dios que se ponga en juego en cada situación, sin poner nada entre paréntesis? Entonces podemos comenzar la lectura de este libro. El autor cree que «el Espíritu siempre dirige hacia Jesús de Nazaret... desde dentro, desde lo que cada época posibilita...». En esa dirección quiere animar a los colectivos y sujetos, adultos y libres, que desean hacer su camino con Dios.

La reflexión teológica de Pedro Trigo, jesuita venezolano, está avalada por su vida entregada y comprometida con la Vida Religiosa de América Latina inserta en los medios populares. Su análisis se sitúa en el contexto de la América Latina contemporánea. Pero bien sabemos que nuestro mundo globalizado es movido por las mismas corrientes. Leer este libro abrirá horizontes en nuestro «pensar global» y aportará luces y pautas para nuestro «actuar local» como agentes de pastoral.

Es una propuesta de animación y acompañamiento pastoral que interesará mucho a laicos/as, religiosos/as y sacerdotes inquietos y dispuestos a alentar a los sujetos y comunidades a ir a más, sin prejuicios

ni moralismos, y siempre desde el punto de partida en que se encuentran. Es una fuerte invitación a la conversión, pues el propio autor nos dirá que no existe un camino cerrado para ir a Dios. Sólo Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Cualquier forma de vivir el cristianismo, por ser particular, es limitada y no puede elevarse a la categoría de paradigma. Ésta es una importante crítica que hará nuestro autor a la iglesia institucional y a cuantos no saben acompañar desde la humildad de su propuesta y el respeto a la libertad y autonomía del otro/a.

Se describen nueve modos de ser católico. A cada forma particular accedemos desde la fenomenología y el discernimiento espiritual. En el primer momento está el «ver» qué piensan, sienten, hacen y dicen las personas que viven así su fe para leer a fondo ese comportamiento, comprender y explorar sus posibilidades. En un segundo momento está el «juzgar» desde el Evangelio, nombrando con claridad qué se pierden, qué peligros tienen.

Se nos explicará que hay muchas ofertas sobre Dios y que éstas, en su mayoría, asumen las leyes del mercado que tanto demonizamos. Por ejemplo, ¿nos damos cuenta de que, cuando valoramos a las personas por su tarea o su función en la Iglesia, hacemos lo mismo que el capitalismo, que valora a los seres humanos por lo que producen? ¿Nos damos cuenta de que, cuando el sentido de la vida en la fe lo encontramos en la eficacia o en la satisfacción personal de nuestros esfuerzos (aunque sean altruistas), estamos siguiendo el mandato del consumismo y el hedonismo? En cambio, no asumimos algunas estrategias de las leyes de la oferta y la demanda que podrían venirnos bien. Las empresas cambian el producto y el formato con creatividad, no reparan en costos en este sentido, con tal de mantener y aumentar el número de clientes. La Iglesia que quiere mantener su oferta inamovible se va despoblando. Se criticará a aquellos que tratan al pueblo como consumidor, sin permitirle ser partícipe y protagonista de la comunidad cristiana y de su camino personal.

Especialmente provocador es el capítulo 9. Nos presenta como una existencia verdaderamente espiritual la de quienes carecen de medios de vida dignos, viviendo en la precariedad y violencia deshumanizadora. El impulso más radical del Espíritu es el impulso a la vida (a sobrevivir, a mejorar, saltando cualquier barrera). A los que podemos dar por supuesta la vida, (entre quienes se cuenta el autor del libro y, seguramente, los lectores del mismo), a los que vivimos desde el privilegio, es decir, desde el pecado, nos invita a detectar este milagro de obediencia al Espíritu y ponernos humildemente a su servicio. El milagro es la implicación total de Dios y de la persona en la realidad para favorecer la vida para todos.

Una nueva mirada al mercado, a las formas de cristianismo, a nuestro hacer como acompañantes, teniendo como punto de partida la salvación que Dios aporta con su presencia, y como punto de llegada la salvación que estamos llamados/as a ofrecer.

Inmaculada Miró, CCV

CASTRO MIRAMONTES, Francisco J., *La vida es bella. Pensamientos desde la esperanza,* San Pablo, Madrid 2004, 196 pp.

Francisco Castro Miramontes es franciscano, promotor de *Justicia y Paz* en su orden y coordinador de la Comunidad «Mundo y España» de ayuda a personas en crisis. Es también licenciado en Derecho civil y canónico, diplomado en Sagrada Escritura y, desde 1999, director y presentador de un programa socio-religioso de la cadena «Radio Galega».

Pero, junto a esta presentación «oficial», Antonio García Rubio (autor del *Prólogo* y amigo de Francisco) y las mismas páginas de este libro nos descubren a un hombre sencillo, profundo y sensible, capaz de *cantar a la vida y a su belleza,* capaz de descubrir en lo pequeño y desapercibido de la cotidianidad al Señor, y proclamarlo para alegría de todos.

A través de cincuenta pequeños capítulos, el autor nos introduce en diferentes realidades a las que todos estamos acostumbrados: desde los ojos de una niña, la sonrisa, una mirada, el gesto de una madre... hasta el silencio, los sacramentos, la oración o los complejos sistemas que dan lugar a la globalización, las guerras o la pobreza. Ciertamente, aquello que ya se hace *habitual* en nuestras vidas. Tanto, que quizá nos perdemos las posibilidades que nos brindan, por no tener capacidad de atravesarlas y leer la Palabra que en ellas se nos regala. Y eso es lo que hace Pedro en estas páginas: fusiona *Palabra* y *vida* y nos ofrece su reflexión con transparencia y frescura, con la sencillez del orante y la profundidad del que conoce. Es, por tanto, lectura creyente de los detalles de la vida, de los pequeños signos del Reino.

Con lenguaje inclusivo, cercano y *parabólico* (como buen gallego, descubre los cuentos, los *contiños,* como instrumentos pedagógicos *que rompen con la barrera de la incomprensión, que nos ayudan a enfrentarnos al noble ejercicio de dar razones de quiénes somos* y que son mediaciones para *acceder a lo profundo del misterio*), nos comparte su gozosa palabra. Y no lo hace con raso optimismo, sino con fe profunda y esperanza, siendo al mismo tiempo crítico con aquellos planteamientos o actitudes que no son testimonio de la *fraternidad* a la que estamos llamados. Todo el libro está bañado, pues, del carisma franciscano, de alegría y ternura, de coraje para decir y decirse uno mismo

la verdad, y de lucidez para encontrar a Dios en todo.

El autor acentúa mucho el vivir «a fondo», aprovechando cada segundo y cada acontecimiento para aprender, saborear, amar y servir. En definitiva, para ir a lo esencial de la vida y no dejar que ésta «pase» sin enterarnos. Nos recuerda en cada página que no es importante lo que se hace, sino cómo se hace; y, eso sí, si antes decíamos que expresa y alienta la *fe* y la *esperanza,* lo que prevalece en todo el libro –siguiendo al Apóstol– es el *amor.*

Asimismo la obra está inundada de nombres propios. Y si bien cita a numerosos autores de toda época, lugar, cultura y religión, son dos figuras las que resaltan: Teresa de Calcuta y Francisco de Asís («*Paco,* para los amigos», dice él). Santos de ayer y de hoy que muestran que lo esencial en la vida no puede variar con el paso del tiempo: *Dios y su Reino.* Reino ofrecido preferentemente a los pequeños y empobrecidos.

Desde luego el objetivo ha sido cumplido. Abrir el libro es recibir una bocanada de aire fresco que regala esperanza y capacidad de ver, ya no sólo lo bello de la vida, sino que *«la vida es bella».* Toda entera. Acogiendo su bondad y su dolor, su dificultad y su posibilidad. No es un libro para leer de corrido, sino para *beberlo con tino, con paciencia, sin prisas, degustándolo...* Y una, que lleva el *chip* de pastoralista incorporado, lo percibe como un rico material posible para ofrecer a los jóvenes acompañando una invitación previa a reflexionar y, sobre todo..., a orar.

Inmaculada Eibe

SCHINDLER, Margarethe, *¿Ya os habéis besado hoy?,* Sal Terrae, Santander 2004, 146 pp.

Hemos podido, poco a poco y sin apenas percibirlo, reducir el concepto de «rito» al ámbito eclesiástico y, más en concreto, a los rituales de los sacramentos. Muchos de nosotros tenemos una predisposición negativa hacia el rito, influenciados quizá por la interpretación freudiana, para la que «rito» es el gesto reiterado, obsesivo, realizado con vistas a descargar un estado de angustia.

Margarethe Schindler se propone con este libro realizar una estimativa de los ritos y logra que el lector descubra la importancia que tienen como medio para cuidar «las cosas que son esenciales» para una buena vida. Una reflexión consciente sobre nuestros rituales cotidianos que nos ayude a mantener abiertas las posibilidades de las relaciones.

En la primera parte trata una perspectiva de conjunto sobre los rituales, y en la segunda los rituales en las relaciones de pareja. Se ofrecen rituales asignados a distintas

categorías: rituales de saludo y de despedida; rituales de conflictos y solución de los mismos; rituales de discusión y reconciliación; rituales amorosos, festivos, de compensación y de transición; rituales que realizamos una única vez, en momentos cruciales de la vida, o que venimos haciendo cotidianamente, en multitud de casos muy inconscientes. Los rituales diarios dan estructura y estabilidad a nuestras relaciones, y los de carácter único son piedra angular de nuestro camino común que nos ayudan a tomar otra dirección cuando no encontramos salida.

Toda relación precisa de sus propios rituales; las pautas de nuestra convivencia están reguladas de manera ritual, aportan a nuestra vida posibilidades de previsión y seguridad, de pertenencia, orientación y estabilidad. Tienen que ver con la comunión y el intercambio y definen la importancia de la relación. La ritualización canaliza los sentimientos vitales y ayuda a vivir. Los rituales connotan tradición, arraigo, pertenencia y seguridad. Para los niños, los rituales son prácticamente irrenunciables: casi todas las situaciones y acontecimientos son todavía nuevos, y la necesidad de seguridad es especialmente acusada. Actúan como apoyo, especialmente en época de crisis personales, llevan más allá y sirven de crecimiento.

Los rituales también pueden pavimentar realidades e impedir el desarrollo de lo nuevo. Si la relación de pareja pierde sus rituales específicos, se irá empobreciendo. Las transiciones en nuevas situaciones vitales requieren también una adaptación de los rituales. En las épocas de inseguridad y de autoestima lábil, los rituales de amor son especialmente importantes. En situaciones conflictivas, en procesos dolorosos y profundos, la ayuda de un ritual puede abrirnos la mirada. La vida nos sitúa continuamente en el reto de adaptarnos a una nueva forma de vivir y encontrar sus rituales correspondientes.

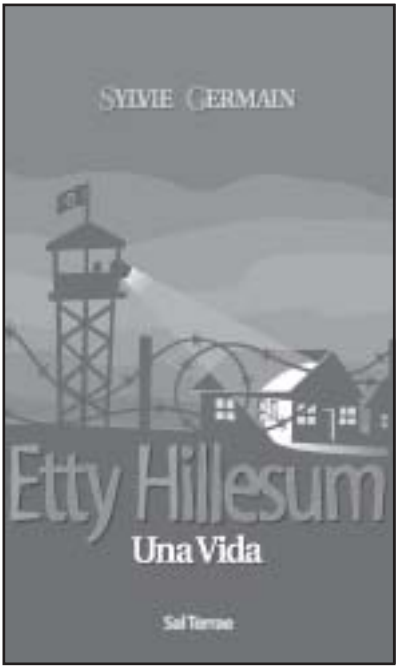
Lo mejor del libro –además de la intuición e intención de la autora– es que emplea una metodología exquisita. La captación de los valores se realiza a través de modelos vivos; el sistema expresivo adopta una estructura narrativa, con un lenguaje sencillo y vital que te sumerge en la vida de todos los días, en tu propia vida, y te da pistas para la resolución de conflictos y desacuerdos mediante acuerdos comunes y compromisos.

La ritualidad se da no sólo en lo religioso, sino en multitud de manifestaciones de las que sale uno expandido, convencido, comprometido. El libro proporciona luz para mirar la dimensión ritual de la realidad cotidiana y cultivarla.

Mª Luisa Morales Medina, ODN

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

SYLVIE GERMAIN
Etty Hillesum. Una vida
168 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €

Han tenido que pasar muchos años para que el mundo descubriera el luminoso rostro de Etty Hillesum. ¿Quién habría creído, en vísperas de la Segunda Guerra mundial, que esta joven judía, locamente enamorada de la vida y aparentemente despreocupada, iba a dejarnos como herencia uno de los testimonios más profundos sobre la entrega de uno mismo y el amor a los seres humanos y a Dios?

Publicaciones periódicas de la Editorial Sal Terrae - 2005

Sal Terrae - 11 números
España - Portugal: 36,40 €
Extranjero ordinario: 52 €
Extranjero aéreo: 65,52 €
Números sueltos: 4,16 €
Precios: I.V.A. incluido

Homilética - 6 números
España - Portugal: 34,32 €
Extranjero aéreo: 56,16 €
Números sueltos: 6,24 €
Precios: I.V.A. incluido

Catequética - 6 números
España - Portugal: 24,96 €
Extranjero aéreo: 43,68 €
Números sueltos: 4,90 €
Precios: I.V.A. incluido